

# Un techo para Latinoamérica

P. Felipe Berríos, S.J.



**EL MERCURIO**  
**AGUILAR**

# **Un techo para Latinoamérica**

Los derechos de autor de Felipe Berríos, S. J., que se recauden por la venta de este libro serán destinados a los trabajos realizados por la Fundación Un Techo para Chile.



- © 2010, Felipe Berríos  
© De esta edición:  
2010, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.  
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile.  
Empresa El Mercurio S.A.P.  
Avda. Santa María 5542, Vitacura, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-239-840-4  
Inscripción N° 194.861  
Impreso en Chile/Printed in Chile  
Primera edición: septiembre de 2010

**Diseño y producción:** Paula Montero Ward

**Fotos interiores y portada:** gentileza Un Techo para Chile

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES

PROHIBIDA SU VENTA



Biblioteca que difunde lectura y cultura gratuitamente para el desarrollo de los sectores más desposeídos. Súmese como voluntario o donante para promover el crecimiento y la difusión de este proyecto. Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.

Referencia : 4214

**Para otras publicaciones visite  
[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)**

# **Un techo para Latinoamérica**

P. Felipe Berríos, S.J.

**EL MERCURIO**  
**AGUILAR**

# Índice

<b>Nota a la presente edición</b>	9
<b>Prólogo</b>	13
<b>Introducción</b>	21
<b>CAPÍTULO I</b>	
<b>Todo comenzó en Curanilahue...</b>	31
Involucrarnos con los más pobres del país	35
¿El próximo desafío?	44
<b>CAPÍTULO II</b>	
<b>Latinoamérica</b>	53
Un techo para Latinoamérica	57
La Latinoamérica que nos habían mostrado	64
La Latinoamérica que nos conquistó	67
La América Latina con la cual queremos comprometernos	70
<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>Conceptos clave</b>	73
Conceptos que revisar	77
¿Qué significa ser joven?	79
¿Qué significa ser universitario?	84
¿Qué es la pobreza?	87
¿Qué es el clasismo?	91

¿Qué es la libertad?	96
¿Qué significa comprometerse?	98
¿Qué es el sufrimiento?	101
¿Por qué es fundamental el trabajo en equipo?	104
¿Por qué es importante la política?	107
¿Cuán relevante es producir?	111

#### CAPÍTULO IV

<b>La Iglesia de los jóvenes y de los pobres</b>	117
Un cambio espiritual profundo	121
¿En qué dios no creo?	126
<i>¿Es Chile un país católico?</i>	131
Una Iglesia Católica efervescente	137
Una Iglesia latinoamericana debilitada para el siglo XXI	148
El terremoto de la Iglesia Católica y sus consecuencias	154
Dios de la historia y de la vida	157
¿Cómo experimentar la vivencia de Dios y de la Iglesia hoy?	161
Dejarnos evangelizar por los más pobres	166
¿Qué significa seguir a Jesús?	169

#### CAPÍTULO V

<b>Últimas palabras</b>	177
«Todos irremplazables, nadie indispensable»	182

## **Nota a la presente edición**





Esta nueva edición llega a nuestras manos en un año muy singular. El 2010 es el año del Bicentenario para los chilenos. Pero es también el año del terremoto, con todo el sufrimiento, muerte y destrucción del que fuimos testigos. Al lado de muchas familias que lo habían perdido todo, miles de jóvenes voluntarios de Un Techo para Chile se pusieron a trabajar para devolver la esperanza a través de una vivienda de emergencia.

Sin embargo, al mismo tiempo, a más de 5.000 kilómetros en dirección norte, en el país más pobre del continente, Haití, voluntarios de Un Techo para mi País también estaban levantando esperanza, luego del terremoto que mató a más de 250.000 personas.

*Un techo para Latinoamérica* agranda nuestros horizontes. Nos saca de las fronteras en las que hemos estado

acostumbrados a vivir, crecer y soñar. En el Techo nos atrevemos a pensar en Latinoamérica pues ya estamos trabajando en todos los países del continente. Todo lo que comenzó en Curanilahue, ahora se vive en jóvenes y pobladores a lo largo de toda nuestra rica pero injusta Latinoamérica.

Que estas nuevas páginas que Felipe ha escrito, sirvan para alimentar las preguntas que surgen del trabajo junto a las familias más excluidas de nuestro continente, y sirvan también para todo aquel que cree que la pobreza y la injusticia en nuestro continente, no sólo se pueden superar sino que no las debemos seguir tolerando.

**P. Cristián del Campo S. J.**

Capellán de Un Techo para Chile-Un Techo para mi País

# Prólogo



En una sociedad en la que a menudo se oye decir que los jóvenes —marcados por el individualismo de nuestro modelo cultural— no se interesan por causas superiores, es impresionante ver a miles de universitarios destinando sus vacaciones, su tiempo libre y sus energías a una causa solidaria de servicio al pobre. El voluntariado de Un Techo para Chile y los frutos que ha generado son el origen de las reflexiones de este volumen, que analiza nuestra sociedad y nuestra Iglesia.

El aporte fundamental de este libro radica en que une experiencia, reflexión, sueños y pasión. Se trata de una combinación profundamente ignaciana<sup>1</sup> para enca-

1 Referido a la formación basada en las enseñanzas de san Ignacio de Loyola y la doctrina de la Compañía de Jesús, orden religiosa fundada en el año 1540 por dicho santo.

rar la formación de la juventud, que ha demostrado ser una herramienta eficaz y atractiva.

Un Techo para Chile es hoy mucho más que la construcción de mediaguas. Tanto los jóvenes que trabajan en la oficina central como los que analizan diversos escenarios, los que hacen encuestas, los que diseñan estrategias para erradicar los campamentos y terminar con la pobreza extrema y los que preparan programas de educación y capacitación, nos muestran que esta obra es una gigantesca toma de conciencia ante una situación que se ocultaba y que los profesionales a menudo ignoraban, dado que la formación universitaria se entendía fundamentalmente como un medio para alcanzar el éxito personal.

El libro que presentamos nos cuenta, de un modo pedagógico, que todo comenzó en Curanilahue, donde un grupo de jóvenes universitarios trabajó codo a codo con los pobladores. Esta colaboración derrotó prejuicios, creó cercanías y amistades y terminó cambiando

radicalmente la vida de esos muchachos. Su cosmovisión, el sentido de su profesión y de los estudios se vieron profundamente modificados por el conocimiento de una forma de vida que para ellos era geográficamente tan cercana, pero culturalmente tan distante y desconocida.

Esta obra no se limita a describir el trabajo de los jóvenes de Un Techo para Chile, sino que a partir de esa experiencia profundiza hasta llegar a las estructuras sociales, los prejuicios y los atavismos que de manera injusta terminan reproduciendo una y otra vez situaciones profundamente inhumanas.

Abrir los ojos ante una realidad velada por el acostumbramiento es tarea esencial para hacernos responsables del mundo. En tal sentido, este libro nos recuerda aquella pregunta: *¿Es Chile un país católico?*, la famosa obra de san Alberto Hurtado que estremeció conciencias y despertó a toda una generación. El análisis no se limita a una mirada sociológica de la realidad nacional,



pues yendo al fondo de las cosas nos hace ver que el cambio que Chile requiere supone revisar exhaustivamente el tipo de religión y la espiritualidad que están en la base de una cultura que se muestra indolente ante la injusticia y el dolor humano. No siempre se cae en la cuenta de que ciertos tipos de religiosidad y actividades apostólicas pueden tranquilizar conciencias y desviar la atención de quienes como profesionales deberían buscar las causas de la miseria, escudriñar las estructuras que las mantienen y proponer soluciones para corregirlas.

Tanto este ejemplar, como su edición anterior titulada *Todo comenzó en Curanilahue*, expone la esperanza y la santa ilusión que genera una religiosidad preocupada de la historia y que se encuentra en el corazón de las propuestas del Concilio Vaticano II, de Medellín y Puebla. Al mismo tiempo, estas páginas, con honestidad y visión crítica, nos hacen ver el peligro de que se apague una luz que se había encendido para ponerla sobre el candelabro. No es antojadizo decir que hoy corremos

## PRÓLOGO

el peligro de perder el impulso misionero, la pasión por la justicia y el deseo de acercarnos a quienes no piensan como nosotros, para cobijarnos en grupos cerrados y protectores.

Es interesante ver cómo a partir de la experiencia que se inició en Curanilahue se nos presenta una imagen de Chile, de la Iglesia y del mismo Dios. Una imagen que es profundamente evangélica y atractiva para los jóvenes, aun para quienes no compartiendo nuestra fe buscan con corazón sincero una causa que tenga sentido y por la cual desean entregar su vida.

Es importante no quedarse enredado en una u otra frase e ir al fondo de la verdad y de la santa pasión que vibra en este escrito. En un momento en que vemos que Chile se abre al mundo y que tiene la posibilidad de dar un salto al desarrollo, es indispensable mostrar un cristianismo que, por sus exigencias y por su vigor, contribuya a humanizar esta sociedad emergente.

Los jesuitas siempre hemos creído que la verdade-

ra fe en Jesucristo no puede desligarse de la promoción de la justicia. Si la fe no es fermento de justicia, puede convertirse en droga. Este libro evoca lo que tal vez hubiese dicho el padre Hurtado de haber estado en nuestro lugar. No hay que olvidar que nuestro santo procuraba seguir el ejemplo de Jesucristo que, estoy seguro, está muy cerca de lo que comenzó en Curanilahue.

**P. Fernando Montes Matte, S.J.**

# **Introducción**



Algunos pasan sin mirar,  
otros miran y pasan.



Él miró, se detuvo  
y nos marcó el camino.



Quienes están presos sueñan con la libertad, añoran volver a ser parte de esa sociedad que tal vez nunca los acogió. Aceptan a regañadientes que sus vidas están limitadas. Los muros de la cárcel parecen ser el único obstáculo, la única frontera, para hacer realidad sus sueños y añoranzas. Viven luchando por escapar, por romper los muros y capear los cercos para volver a ser libres.

Quienes fuimos jóvenes cuando el Muro de Berlín<sup>2</sup> nos dividía y las fronteras de nuestros países estrechaban nuestros horizontes de alguna manera compartíamos las añoranzas y los sueños de los pre-

2 Muro de 45 kilómetros, símbolo de la Guerra Fría, que dividió ideológicamente a Berlín y a todo el mundo.



sos constreñidos por un muro. Quienes hoy son jóvenes han crecido en un mundo sin «Muros de Berlín», sin fronteras y con una tecnología que les ofrece un horizonte sin límites. Pero, curiosamente, esa misma cultura sin limitaciones y sin obstáculos pareciera estrecharlos más, achicarles los sueños, llenarlos de miedos, hacerlos desconfiar de la sociedad y meterse en ellos mismos.

Este texto está dirigido a quienes son jóvenes en un mundo globalizado, sin muros externos, pero con fronteras internas. Pretende provocar en ellos la ruptura de esas barreras interiores y generar debates, conversaciones y reflexiones que los ayuden a madurar y profundizar sus opciones.

Las instituciones, al igual que las personas, con el paso del tiempo van madurando. Siento que el Techo<sup>3</sup>

3 Forma que el autor usa para designar en conjunto a las fundaciones Un Techo para Chile y Un Techo para mi País.

(Un Techo para Chile<sup>4</sup> y Un Techo para mi País<sup>5</sup>) ha alcanzado un nivel de madurez que nos obliga a reflexionar sobre ciertos contenidos. Temas que en forma implícita siempre han estado presentes y que ahora nos exigen definirlos y explicitarlos.

En una primera parte, basado en las experiencias de miles de jóvenes que han trabajado en el Techo y de otros miles que ahora sirven en él, el texto plantea cómo fueron ellos descubriendo y comprometiéndose con quienes viven en la pobreza y cómo este compromiso pasa necesariamente por cuestionar ciertas actitudes y conceptos que todos debiéramos revisar. Serán de estas actitudes y conceptos que se desprenderán opciones y acciones sociales, políticas y espirituales que pueden ser generadoras de mayor pobreza

4 Nombre de la organización de jóvenes que nace en Chile en 1997 para, a través de la construcción de viviendas de emergencia, comprometerse con los excluidos y erradicar la pobreza. Cf.: [www.untechoparachile.cl](http://www.untechoparachile.cl)

5 Es el nombre de la versión internacional de Un Techo para Chile. Cf.: [www.untechoparamipais.org](http://www.untechoparamipais.org)

e injusticia o, por el contrario, contribuir a combatir-las.

En la segunda parte, el texto plantea que para generar un cambio real en la sociedad y en nosotros mismos, no podemos esquivar el tema espiritual-religioso. Menos aún viviendo en Latinoamérica, donde lo religioso juega un papel clave y la idea que tengamos de Dios puede oprimir o liberar. Quienes viven en la marginación hablan del Dios que los ayuda subsistir en la miseria, ya sea con palabras o con sus vidas. Sólo quienes hemos tenido una vida llena de oportunidades podemos prescindir de Dios, negándolo o intelectualizándolo.

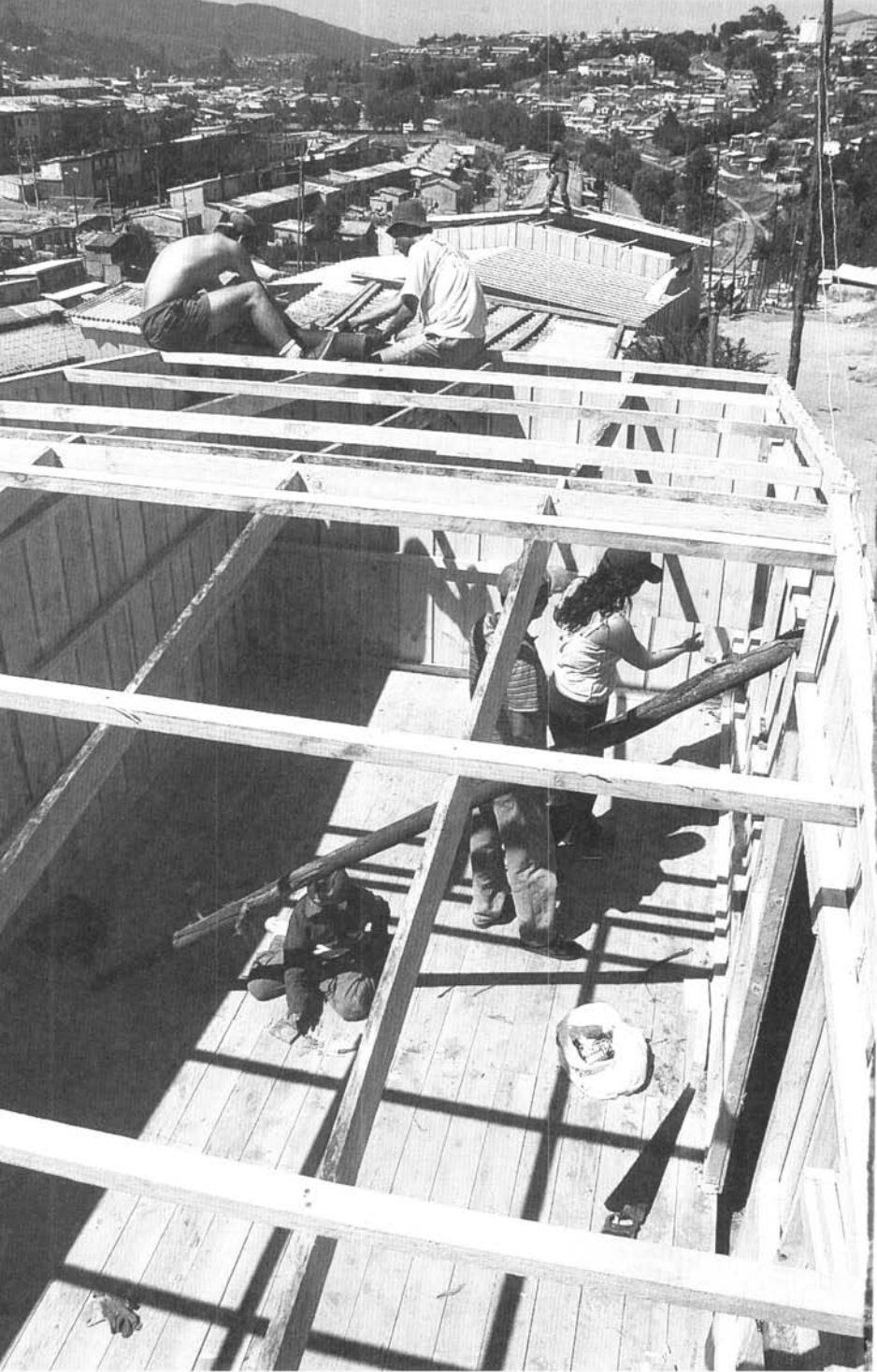
Aunque nos resistamos a aceptarlo, nuestras acciones y opciones nacen de una experiencia espiritual de la cual es necesario hacernos conscientes y saber explicitar. De lo contrario, sin darnos cuenta, podemos estarnos arrodillando ante cualquiera de las divinidades que nos ofrece la cultura actual. Debemos desnudarnos de nuestras seguridades y teorías sobre Dios, como también de,

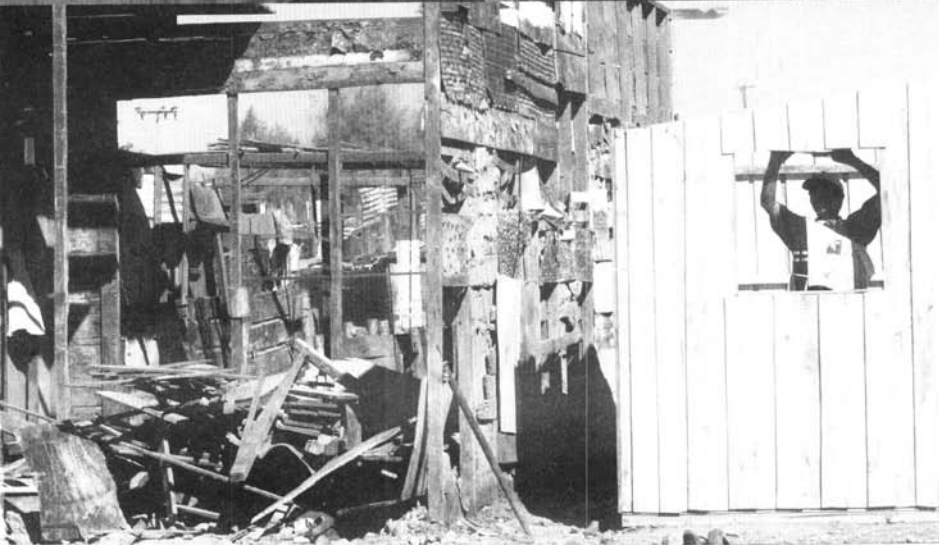
tal vez, fundados prejuicios y dejarnos evangelizar por los más pobres, debemos desenmascarar ídolos y acercar la Iglesia institucional al pueblo, del cual nunca debió alejarse.

Si bien el origen de este escrito es responder a múltiples inquietudes de jóvenes que son y han sido parte de un Techo (y pretende generar en ellos aún más inquietudes), también es un texto dirigido para todos aquellos jóvenes que no se han paralizado a pesar del miedo que los adultos solemos transmitirles, y para todos esos jóvenes y adultos que, con una mezcla de desilusión y esperanza, alguna vez han afirmado: «Es lo que hay».



CAPÍTULO I  
**Todo comenzó en Curanilahue...**









## **Involucrarnos con los más pobres del país**

Todo comenzó en Curanilahue<sup>6</sup> en el año 1997, cuando un grupo de jóvenes católicos que participaba por tercer año en misiones universitarias trabajó en el levantamiento de una mediagua<sup>7</sup> adaptada para servir de capilla. La construcción provocó una revolución y un cambio de óptica que les brindó la oportunidad de una relación diferente con la gente del lugar. Al trabajar

- 6 Comuna localizada a 35 kilómetros de Arauco (sur de Chile, VIII Región), con aproximadamente 31 mil habitantes. El pueblo de Curanilahue surgió de un asentamiento minero, de fines del siglo XIX, que explotaba carbón. La actividad económica actual es principalmente de servicios, faenas forestales y derivados. El mayor porcentaje de empleos de la población es generado por la actividad forestal.
- 7 Palabra usada en Chile para designar una vivienda de emergencia de 18 metros cuadrados. Construida sobre pilotes, posee estructura de madera y techo de zinc.

junto a ellos, se produjo un diálogo profundo y espontáneo, un intercambio «de igual a igual» que era distinto a lo logrado en las tradicionales visitas a las casas.

Esta relación nueva, motivada por el lenguaje en común que sólo da la convivencia en el trabajo físico, los hizo sentir en carne propia la pobreza que los habitantes de Curanilahue. Ya no importaba si se era católico, evangélico o no creyente; había un ser humano que sufría, y en él el Señor nos interpelaba. Surgió así la inquietud de que si teníamos los contactos, recursos y las posibilidades de construir una mediagua como capilla junto a quienes vivían promiscuamente hacinados, también podríamos construir con ellos sus propias viviendas. Dar un primer paso para cambiarle el rostro y el futuro a una gran parte del país que vivía en campamentos<sup>8</sup>.

8 Asentamientos precarios, constituidos por seis o más familias, con carencia de al menos uno de los servicios básicos (agua potable, luz eléctrica, alcantarillado) y que viven en posesión ilegal del terreno. Son símbolo de pobreza y exclusión social.

Sin tener mucha conciencia de ello, habíamos comenzado una forma distinta de misión, tal vez la verdadera misión: hacer patente en el trabajo solidario los signos del Reino de Dios, abrirnos a que Dios nos hablara en los excluidos. Habíamos recibido tanto que podríamos de alguna manera devolverles la mano a quienes, al lado nuestro, habían recibido poco o nada. No sabíamos en qué nos estábamos metiendo ni nos interesaba hacer cálculos de lo que esto significaría, pero «algo nos quemaba por dentro», algo nos decía que íbamos por el camino correcto.

Nadie entonces podría haber previsto lo que llegaría a ser el Techo. Pero intuíamos que si tomábamos aserrín, lo mezclábamos con combustible y le encendíamos una chispa, algo iba a suceder. Así también, sospechábamos que si mezclábamos a quienes habían tenido más oportunidades en la vida —los universitarios— con quienes casi no las habían tenido —los pobladores de campamentos— y fomentábamos la fe y la justicia que ella

lleva implícita, más el idealismo propio de la juventud, algo bueno iba a suceder. Ese algo que sucedió fue el nacimiento del Techo.

Estábamos a tres años del nuevo milenio, la sociedad chilena se preparaba para celebrar la llegada del año 2000 con grandes fiestas. Era la oportunidad para darle un sentido distinto a esa fecha. Se acuñó así la frase que inspiraría nuestras acciones en los próximos tres años: «No fue culpa nuestra que cuando naciera el Hijo de Dios, no tuviera donde nacer... pero sí será nuestra responsabilidad si en su cumpleaños número dos mil aún no tiene un lugar donde nacer». Así comenzamos a involucrarnos con una nueva dimensión de la pobreza de Chile y que más tarde nos haría tomar conciencia de los excluidos de toda Latinoamérica.

Fuimos descubriendo una realidad que, enceguecidos con la prosperidad de los años 90, quedaba oculta para nosotros y para la mayoría del país. Chile había recuperado la democracia y llevaba casi una década de

crecimiento económico sostenido de un 7 por ciento, lo que había permitido reducir entonces la pobreza de un 50 por ciento a casi un 18 por ciento. En ese ambiente, en que soberbiamente nos autoproclamábamos como los «jaguares de Latinoamérica», ignorábamos a quienes en nuestro propio país todavía vivían en la pobreza. Se hablaba de las «poblaciones callampas» como cosa del pasado, por eso se nos hizo necesario mostrarlas a la sociedad y rebautizarlas como «campamentos».

Subversivamente comenzamos a discutir acerca de los campamentos y a usar la mediagua como signo de interpelación. Los universitarios volvían a sus casas embarrados, cansados y con profundas interrogantes, hablando no de lo que les habían contado, sino de lo que ellos habían visto con sus propios ojos. Ellos mismos se fueron transformando en la voz de los que no tenían voz, y de pronto los pobres dejaron de ser «los pobres» y adquirieron rostro, nombre y dignidad. Esos hombres, mujeres y niños que sobrevivían en los cam-

pamentos se transformaron, de la noche a la mañana, en el incentivo más grande que tenían los universitarios para estudiar, levantarse temprano y tomarles el peso a sus responsabilidades en la sociedad. Adquirían conciencia de que en un fin de semana se podían farrrear lo que a un poblador le tomaba meses ahorrar, y que esa suma podía ser la cuota para una humilde mediagua. Constataban que lo que parecía un quiosco de madera de 18 metros cuadrados y que tal vez cabía en el living de su propia casa, significaba un hogar entero para una familia. Se daban cuenta de que esa humilde mediagua no sólo era la posibilidad para que una familia comenzara a soñar y a dejar atrás el círculo de la desesperanza, sino que también podía significar salvar a un anciano de morir de una pulmonía, evitar que se abusara sexualmente de una niña o la posibilidad de tener otro hijo más dignamente. Percibían que la pobreza en que ellos vivían era fruto de nuestras pobres opciones.

Los universitarios que se involucraban con la pobreza nunca más fueron los mismos: su vida, el estudio, el pololeo<sup>9</sup>, todo adquirió un sentido distinto. Se sentían responsables de su país. Ahora conocían su ciudad de otra manera, incluyendo los barrios periféricos, y tenían amigos nuevos. Amigos que tal vez antes habrían mirado con miedo y con sospecha, o que quizás ni siquiera los hubieran mirado. Descubrían que quienes vivían en los campamentos eran gente pobre en oportunidades, pero ricos en humanidad. Gente sin mayor formación o estudios básicos, pero gente que tenía claro lo que necesitaba y que eran capaces de sobrevivir con apenas treinta mil pesos<sup>10</sup> al mes. Gente digna, organizada y que no pedía regalos, sino oportunidades.

9 Palabra con que comúnmente se designa en Chile a la relación amorosa que se da entre adolescentes y jóvenes. A quienes pololean se les denomina «pololo» o «polola».

10 55 dólares aproximadamente.



Los universitarios fueron descubriendo que vivir en la pobreza era una cuestión de no tener oportunidades, de no tener redes de contactos, de carecer de los famosos «pitutos»<sup>11</sup>. Así empezaron a darse cuenta de que construyendo mediaguas, entre otras cosas, se creaba un vínculo tan fuerte que podían compartir con ellos sus propios «pitutos», sus redes de contactos, sus privilegios, y de esa forma cambiarles, en parte, la vida a quienes nunca habían tenido una verdadera oportunidad.

También los pobladores cambiaron. Dejaron de llamarles «tíos»<sup>12</sup> a los jóvenes y comenzaron a llamarlos por sus propios nombres, como parte de un trato horizontal y natural. Los corregían y muchas veces se peleaban con ellos, tal como lo hacen los amigos de verdad. Los pobladores fueron tomando un rol cada vez más

11 Término que se usa en lenguaje coloquial en Chile para hablar de las redes familiares o de amistades que se contactan para obtener privilegios o ejercer influencia.

12 Además de significar un parentesco, en Chile también se usa «tío» o «tía» para tratar formal y cariñosamente a alguien, evitando decir su nombre.

activo; ya no eran sujetos de «nuestros proyectos» sino que actores de un proyecto común. Se organizaron en reuniones llamadas mesas de trabajo y se hicieron protagonistas de su propio destino. Esto no sólo era reconocerles su dignidad, sino que también permitiría salir de la pobreza de manera sustentable. Conscientes del desafío que tenían, todos los dirigentes poblacionales se reunieron en una organización a nivel nacional, con reconocimiento legal, llamada: «Corporación de Dirigentes Poblacionales: También Somos Chilenos».

Organizados en la Corporación, comparten oficina con los jóvenes del Techo, planifican, trabajan y sueñan juntos. Además, en convenio con la Universidad Alberto Hurtado hacen cursos de extensión para capacitarse como dirigentes. El sueño del padre Hurtado<sup>13</sup> de orga-

13 San Alberto Hurtado Cruchaga, S.J. (1901-1952), sacerdote jesuita chileno, canonizado el 23 de octubre de 2005. Fundador del Hogar de Cristo y de la revista *Mensaje*, considerado en Chile paladín de la justicia y patrono de los trabajadores y del sindicalismo, es venerado por creyentes y no creyentes como padre Hurtado.

nizar a los trabajadores desamparados en sindicatos para que velaran por sus derechos ahora se hace realidad en esta organización que aglutina en una corporación a tal vez los más desamparados, a los que ni siquiera tienen un trabajo que les permita pertenecer a un sindicato. Ellos, estando obligadamente marginados de la sociedad, se organizan para decirse y decirle al país: «También Somos Chilenos».

### **¿El próximo desafío?**

Chile en un momento dado y gracias a las políticas de salud aplicadas por años pudo decir que ya no había tuberculosis en el país, dejar de construir sanatorios y desviar esos recursos para la prevención y los posibles brotes. Todavía surgen esporádicos casos de tuberculosis de distinta magnitud, pero esta enfermedad dejó de ser un problema para el país. Así también en Chile prácti-

camente se ha terminado con los campamentos a nivel estructural. Habrá brotes, pero ya no serán parte del paisaje, como esos campamentos interminables que por años se solía ver en el país. Estamos conscientes de que aún quedan chilenos viviendo en microcampamentos y no los dejaremos solos. También el país está consciente de que esto no puede seguir así, y tiene los recursos y las políticas habitacionales adecuadas para combatirlos.

El terremoto del 27 de febrero de 2010<sup>14</sup> no ha sido un retroceso en la tarea de terminar con los campamentos, ni tampoco debe ser una excusa. Es cierto que dada la magnitud del movimiento telúrico muchas personas, miles, quedaron sin casa, viviendo en mediaguas, y esto va a significar un alto costo económico al país. Pero aunque vivan años en estas viviendas de emergencias y, en algunos casos, formen verdaderas aldeas semejantes a un

14 Terremoto de 8,8° en la escala de Richter, acaecido en Chile el 27 de febrero de 2010, que se registra como el tercero con mayor intensidad del mundo. Abarcó desde la Región de Valparaíso a La Araucanía.

campamento, jamás lo será. Vivir en un campamento no es sólo no tener casa —ésa es la parte pequeña del problema—; vivir en esas condiciones implica marginalidad, no tener redes de apoyo, oportunidades, ni ser parte de la sociedad. Quienes por causa del terremoto viven hoy en mediaguas son gente que ha tenido una casa, que tiene o tuvo trabajo, que ha poseído redes de apoyo y que no es rechazada o ignorada por la sociedad. Los damnificados necesitan un lugar provisorio, una casa de emergencia que tal vez los cobije por uno, dos o tres años, pero apenas se les presente la oportunidad de rehacer sus vidas, de levantar sus casas, tomarán las facilidades que se les ofrezcan para reconstruir lo que ya tenían. No hay que confundir el vivir provisoriamente en una vivienda de emergencia por causa de una catástrofe natural, a vivir marginado y excluido de la sociedad donde tener una mediagua se convierte en una máxima aspiración para mejorar su condición de vida.

Tal vez el próximo desafío que tengan los jóvenes de un Techo en Chile —los mismos que con las dificultades de un país destruido por el terremoto fueron capaces de construir 24 mil viviendas de emergencias en 60 días— sea combatir la cultura del consumo que ha desplazado a la cultura del trabajo. Ésta es la raíz de la delincuencia y del deterioro paulatino y constante de las generaciones jóvenes que van quedando en la marginalidad. Se puede graficar esta situación de la siguiente manera: si miramos una revista antigua donde aparece la caricatura de una persona adinerada, seguramente el dibujo mostrará a alguien gordo, con sombrero de copa y fumando un puro. Pero si en la misma revista aparece el dibujo de una persona pobre entonces se la mostrará harapienta y muy flaca. Si hoy en día se redibujaran esas caricaturas, los resultados serían opuestos. Lo más probable es que aquel que tiene bajos ingresos sea retratado con un cuerpo gordo producto de una mala alimentación abundante en grasas. Por el contrario, el de altos

ingresos aparecerá esbelto, debido a una dieta balanceada y a rutinas de ejercicios.

Así también cambió la imagen que proyectaban jóvenes opuestos en el ámbito socioeconómico. A un joven perteneciente a una familia acomodada, al que antaño irónicamente se tildaba de «hijo de su papito»<sup>15</sup>, aludiendo que vivía una vida relajada, servida y de holgazán, hoy se lo percibe sobreexigido por rendir y con múltiples actividades, aunque muchas de ellas sean sólo de carácter recreativo. Por otra parte, el joven que vivía en una población y que se caracterizaba por no tener tiempo libre producto de una continua actividad de trabajo para ayudar al sustento y al funcionamiento de su hogar, hoy vive prisionero de la inactividad.

Duele constatar que en poblaciones, villas y bloques

15 Modismo que se usaba peyorativamente en Chile para designar al hijo de una familia acomodada.

de departamentos los jóvenes y adolescentes aparecen recién alrededor del mediodía. No teniendo muchas posibilidades de esparcimiento ni lugar en sus diminutas casas, se instalan en las esquinas sin nada que hacer, esperando la noche para un enajenante carrete<sup>16</sup>. En parte para matar el ocio o para tener identidad se tatúan y se ponen aros tratando de imitar con eso y sus vestimentas a quienes ven en los videoclips. Creen que con ese aspecto y actitudes van a amedrentar a una sociedad que los ha marginado; pero en realidad su comportamiento responde a los estertores de una juventud que al no poder hacer nada útil ha muerto en sus sueños y deseos de proyectarse. Son el subproducto de una sociedad de consumo que les inculcó a ellos y sus padres que a través de la zapatilla de moda, de un peinado especial o vestidos a semejanza de un idolillo tendrían más estatus.

16 Palabra que utilizan los jóvenes en Chile para referirse a una fiesta.



Jóvenes rebosantes de vitalidad condenados a las esquinas como en un absurdo *reality* que no es la fantasía de la «tele» sino su patética realidad. Si no los salva un trabajo, una actividad o la sanadora pichanga<sup>17</sup>, lo más probable es que caigan en la droga, y de ahí seguro a la plata fácil.

La delincuencia no se elimina con más policías y cárceles, se ataca cuando como sociedad dejamos de fabricar delincuentes que no quieren serlo. Hay que cambiar la cultura del consumo por una cultura del trabajo. Esto no se refiere sólo a ganar plata, sino que como fuente de creatividad, de vínculo social y de proyección, y nos hace parte de una sociedad de forma activa.

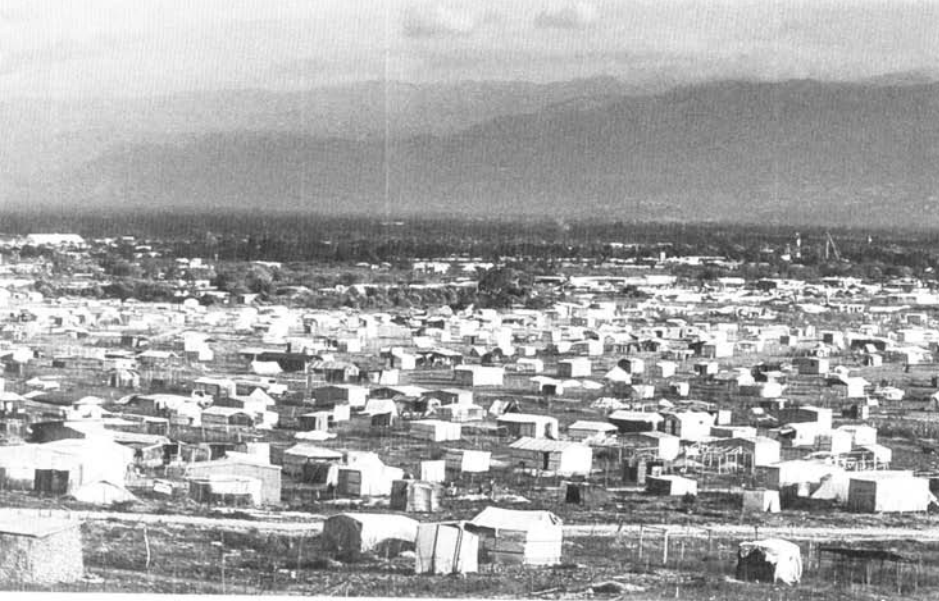
Los padres de esos muchachos viven angustiados viendo que sus hijos ya están en una especie de cárcel

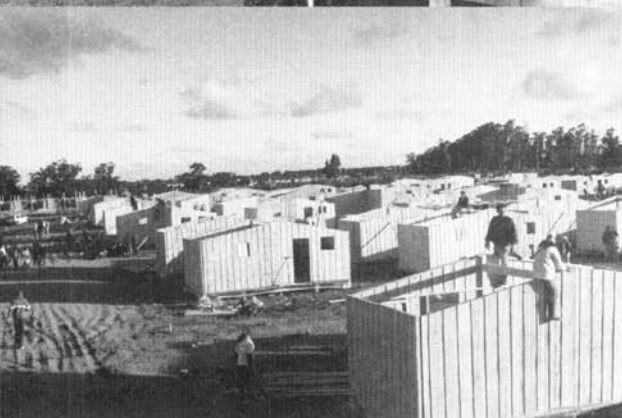
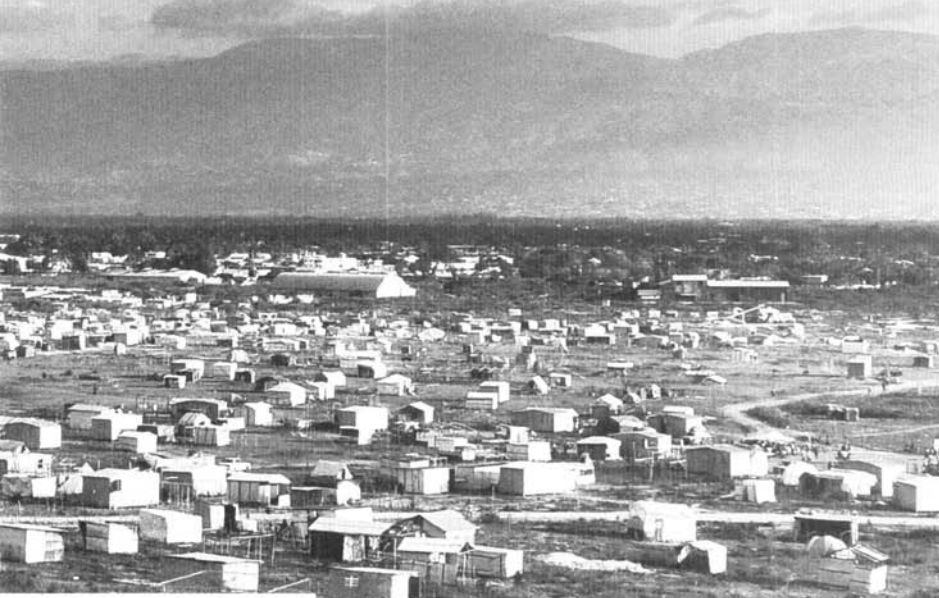
17 Partido de fútbol improvisado en cualquier lugar común, el cual puede ser una plaza o calle.

al estar parados en las esquinas sin nada que hacer, sin posibilidades y sin futuro. Que la sociedad enfrente esta realidad quizás sea el próximo desafío del Techo. Para esto ya hemos iniciado trabajos piloto en conjunto con pobladores y jóvenes para que la gente en los fines de semana amplíe y mejore sus casas, se tome los espacios públicos, y arregle las plazas y los lugares comunes. No sólo para tomarse el entorno y hacerlo seguro y agradable, sino que también para inculcar en los adolescentes y jóvenes la cultura del trabajo.



CAPÍTULO II  
**Latinoamérica**







## **Un techo para Latinoamérica**

En 1997 hubo un accidente aéreo en la ciudad de Arequipa, al sur de Perú. No hubo sobrevivientes. Entre los pasajeros viajaba un grupo de cuarenta y dos jóvenes chilenos. Muchos no se conocían entre sí, pero tenían en común el esfuerzo que habían hecho para pasar sus vacaciones conociendo Latinoamérica. Como sacerdote, me tocó acompañar en el dolor a muchos de los padres que habían perdido un hijo en el fatal accidente. Como una manera de mitigar el dolor, preocupándose de otros y apelando a que sus hijos habían querido hacer suya a Latinoamérica, sus desconsolados padres podían ahora hacerse parte de sus sueños apadrinando a tantos jóvenes latinoamericanos que estudiaban en Chile y que



vivían mucha soledad. Sin saberlo, por medio de ellos nos estábamos abriendo a la realidad latinoamericana, y a su vez estos jóvenes estaban dando a conocer el Techo en sus propios países.

Más tarde, en el año 2001, hubo un terremoto al sur de Perú y meses después otro en El Salvador. Movidos por el empuje de la juventud, por una solidaridad que no tiene fronteras y motivados por los jóvenes latinoamericanos que habían estudiado o aún estudiaban en Chile, el Techo saltó —como una chispa en pasto seco— a estos dos países y de ahí a todo el continente.

En poco tiempo recibiríamos peticiones de diversos países solicitando abrir el Techo ahí. Tal vez fuimos ingenuos y creímos que todos teníamos las mismas motivaciones, y que bastaba con dar información y la autorización para que se constituyeran como un Techo local. En cada país lo denominaron «Techo para...» agregándole el nombre correspondiente y un logo propio. Pero todo fue informal y el costo de tal error lo fuimos cono-

ciendo y pagando con el tiempo. Lentamente nos percatamos de que en muchos países se construía muy poco, no se involucraban con quienes vivían en la pobreza ni tampoco se convocaba a nuevos y diversos jóvenes. Más bien el Techo se transformaba en un grupo pequeño, cerrado en sí mismo, que usaba el nombre de la fundación y a los pobres como una plataforma de diatribas de todo tipo. Entendí entonces que uno de los problemas más graves de Latinoamérica es la buena labia de sus habitantes y la carencia de un compromiso real. Si los latinoamericanos trabajáramos como hablamos, estaríamos en un nivel de desarrollo superior al de Europa.

La gran cantidad de trabajo que teníamos en Chile sumado a la casi nula estructura organizativa y la poca comunicación, influía para que no les prestáramos la atención debida a los otros países. La gota que rebalsó el vaso fue cuando acuñamos una frase del Papa Juan Pablo II como eslogan nuestro. Decía el Papa: «Los pobres no pueden esperar», y nosotros parafraseábamos: «Los

jóvenes no dejaremos que los pobres sigan esperando». La frase gustó, pero en algunos países no querían que se mencionara que la frase era del Papa, pues argüían que se podría vincular al Techo con la Iglesia Católica. Es cierto que la Iglesia Católica que les toca vivir a los jóvenes universitarios en Latinoamérica dista mucho de la Iglesia Católica que soñó el Vaticano II y las Conferencias Episcopales latinoamericanas de Medellín y Puebla, pero ello no debería ser una excusa para desconocer las raíces y la inspiración del Techo, ni tampoco para olvidar uno de los desafíos más importantes que aún tenemos: el de redescubrir la Iglesia Católica que viven los pobres.

Es fácil confundir la pluralidad con la ambigüedad, aunque sean conceptos muy distintos. El Techo era y seguirá siendo pluralista justamente porque no es ambiguo. A una persona ambigua todo le da lo mismo. Sólo cuando se tienen claras las raíces, las motivaciones y las opciones más profundas, se puede trabajar, querer

y aprender de otros que tienen visiones distintas. Los jóvenes de hoy suelen confundir pluralidad con ambigüedad o concebir una pluralidad que se vive en el individualismo; tú piensas «A», yo pienso «B»; sigue pensando «A» y yo «B», pero tú no te metas conmigo ni yo contigo. Así, cada uno sigue en su propio mundo sin dejarse interpelar por el otro, sin construir algo juntos.

Saber que las raíces del Techo están en la doctrina social de la Iglesia Católica y en un modelo de catolicismo como el que vivió el padre Hurtado hace posible que convoquemos a diversos jóvenes en lo político, social y religioso, ya sean judíos, evangélicos, no creyentes, etc. Sin embargo, también por nuestras mismas raíces, no tendrían cabida en el Techo un neonazi, un homofóbico o un machista.

En el año 2003 se convocó a todos los representantes de los diversos países en que se decía que estaba presente el Techo. En esa reunión el capellán planteó cuál era el origen e inspiración que nos permitía ser pluralistas.

Se estableció que tendríamos un nombre y logo común debidamente registrado que nos identificaría; un marco jurídico al cual atenernos para formalizarnos; un control de los dineros, pues nuestra transparencia y credibilidad era nuestro capital; un mismo modo de proceder que implicaba involucrarnos con la pobreza por medio del trabajo concreto de la construcción de una vivienda de emergencia; que a diferencia de otros grupos nuestra protesta sería nuestro trabajo, y que tendríamos un producto único que era la mediagua. Para todo esto se formarían oficinas en cada país con jóvenes locales que supieran adecuar los principios a la realidad de su país; pero al mismo tiempo la unidad de todos sería nuestra fuerza. Chile está en un proceso paulatino de cambio de nombre y logo: los expertos nos aconsejaron no hacer un cambio brusco, pues es tal la fuerza de la marca «Un Techo para Chile» que hacer un cambio drástico perjudicaría los ingresos económicos que, por ahora, ayudan a sostener al Techo en toda Latinoamérica.

Aclarados todos los puntos, se invitó a seguir a los países que estaban dispuestos bajo esas condiciones, y quienes no lo estimaban así, estaban en su derecho de marginarse. Cinco países se descolgaron del Techo. Así comenzamos de nuevo. Se creó el cargo de implementadores, jóvenes de diversos países que, imbuidos de los principios y de la forma de trabajar del Techo, partían a nuevos países a implementar la institución. Para ello se sumergían al mismo tiempo en los barrios más marginales y en las universidades. Su contagioso entusiasmo atraía a los jóvenes y los incitaba a unirse. Una vez que empezaban a construir, los pobladores y la pobreza hacían el resto, y así nacía el Techo. En pocos años crecimos y nos desarrollamos rápidamente y con solidez. Hoy estamos consolidados en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay, y seguimos creciendo. Descubrimos la fuerza de una institución cohesionada.

## **La Latinoamérica que nos habían mostrado**

En la letra de una canción que ironiza sobre la televisión, Ángel Parra<sup>18</sup> escribe: «¿Cómo ganamos los blancos contra los indios canallas que no quieren dar sus tierras a cambio de una medalla?». Esta frase sintetiza muy bien lo que el cine y la televisión nos fueron metiendo en el subconsciente sobre los pueblos originarios del norte y sur de América. Crecimos creyendo que la culpa del subdesarrollo de Latinoamérica se debía a que los indígenas se oponían al desarrollo, pues eran flojos y borrachos. Nos enseñaron a burlarnos de sus costumbres, idiomas y ritos.

También se nos enseñó a mirar a los países del continente de forma competitiva, comparándonos unos con otros y valorizando como superiores a quienes se veían

18 Nombre artístico de Ángel Cereceda Parra, cantautor chileno, hijo de Violeta Parra y de Juan Cereceda Arenas.

más «europeizados». Parecía que la historia de América comenzaba con la llegada de los europeos y después se prolongaba en segregaciones sociales, en guerras frontizas o sangrientas dictaduras. No percibíamos que esos clasismos, esas guerras y esas dictaduras eran alimentados por los mismos intereses foráneos con apoyos locales, que motivaron la llamada conquista de América. Los conquistadores estaban dispuestos a todo para seguir concentrando y sacando la riqueza del continente. Pero existía otra historia oculta y anónima escrita con sangre, humillaciones y opresión que apenas conocíamos y recién comenzábamos a descubrir.

No comprendíamos la riqueza que significaba la diversidad cultural latinoamericana. Así como el español obsesionado por el oro pisoteó el verdadero oro de la cultura que, a sangre y fuego, sometía y destruía, de la misma manera hoy día obsesionados por el nuevo oro seguimos pisoteando la riqueza que la codicia no nos deja ver en los postergados. Pero hoy somos más culpa-



bles que el español o el portugués conquistador de antaño. Hoy no nos exime la disculpa de la ignorancia de un mundo que aún no sabía sobre derechos humanos.

Se nos convenció que Latinoamérica era un continente pobre, que siempre había de tener excluidos. Pero eso no es cierto; América Latina es un continente pleno de riquezas, pero injusto, y es esa injusticia la que hace que la mayoría de sus habitantes vivan en la pobreza.

Lamentablemente crecimos conociendo más la historia de los fenicios, egipcios, griegos, romanos, europeos y estadounidenses que la de nuestros propios pueblos originarios de América. Crecimos desarraigados, viviendo como extranjeros en nuestro propio continente. Celebrábamos las navidades con nieve artificial; Jesús resucitaba en otoño, y no en primavera; hablar español parecía una desventaja, y peor aún expresarse en una lengua local.

## **La Latinoamérica que nos conquistó**

Quienes viven en la pobreza nos enseñaron a mirar la vida de otra manera y a descubrir en ella una riqueza que no percibíamos. Qué distinto se ve todo cuando nos sacamos los anteojos oscuros de los prejuicios inculcados por años y podemos observar al fin con la claridad de la realidad. En una primera instancia nos enceguece tanta diversidad, tanto colorido, tanta belleza. Luego, lentamente vamos acostumbrándonos a la nueva forma de mirar; nuestros ojos se han ido adaptando a la realidad de Latinoamérica y hemos podido ver gran parte de lo que antes simplemente no veíamos.

Como nos hacía ver la Conferencia Episcopal de Puebla: «La situación de extrema pobreza generalizada adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

Rostros de niños golpeados por la pobreza desde

antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral y familiar.

Rostros de jóvenes desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación.

Rostros de indígenas, y con frecuencia de afroamericanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas pueden ser considerados los más pobres entre los pobres.

Rostros de campesinos que, como grupo social, viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan.

Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos

y con dificultades para organizarse y defender sus derechos.

Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos.

Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales.

Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen».

Y concluían los obispos: «Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano, imagen y semejanza del Creador y a sus derechos inalienables como hijos de Dios».

Pero no todo era pesimismo; si algo se vive y aprende de Latinoamérica es la esperanza y la alegría, como lo canta Mercedes Sosa en su «Canción con todos»: «Todas las voces, todas, todas las manos, todas, toda la sangre puede ser canción en el viento, canta conmigo, canta hermano americano, libera tu esperanza con un grito en la voz».

### **La América Latina con la cual queremos comprometernos**

Queremos una América Latina entusiasta y orgullosa de su pasado, luchadora en su presente y portadora de esperanza para su futuro. El futuro de Latinoamérica lo estamos construyendo ahora con los universitarios en complicidad con los pobladores. Usaremos todas las redes que la tecnología hoy pone a nuestro alcance para hacer una América Latina sin

fronteras que nos separen. Han sucedido catástrofes naturales y económicas que nos duelen a todos, y por eso todos reaccionamos en conjunto.

Seremos una red de jóvenes y pobladores tan bien organizados que no nos dividirán conflictos creados artificialmente. Los problemas en Latinoamérica no los crea la gente; los crean los grupos de poder, los gobernantes, para sus mezquinos intereses. El verdadero conflicto de América Latina no está en sus fronteras o en las opuestas ideologías de sus gobiernos, ni tampoco en sistemas económicos diferentes; el verdadero y eterno conflicto está en la desigualdad social y en la egoísta indiferencia de los jóvenes universitarios que pudiendo revertir el daño no lo hacen.

Queremos que los pobres y marginados de toda Latinoamérica nos sientan sus aliados. Queremos soñar una América Latina sin corrupción, ni clasismo, ni injusticia social, ni pobreza, ni miseria, ni universitarios que sean extranjeros en su propio país. Para

esto nos organizamos, aprendemos el lenguaje manual, estudiamos, trabajamos y soñamos.

Ahora son los marginados de dieciséis países del continente, en que hasta ahora estamos presentes, quienes nos conquistan, y queremos dejarnos conquistar por ellos.

CAPÍTULO III  
**Conceptos clave**









## **Conceptos que revisar**

Vincularnos con quienes viven en la pobreza no es algo romántico; debe generar un compromiso para ayudarlos a dejar la situación de marginalidad en que viven. Pero para esto no bastan las intenciones, ni siquiera basta el vincularnos y trabajar con ellos. Si queremos que cambie la sociedad, también tenemos que cambiar nosotros y muchas de nuestras actitudes.

Aunque nadie quiere que haya pobreza, ella existe; y no sólo existe, sino que nosotros mismos, que la repudiamos, somos los que la creamos y alimentamos. Si no somos conscientes de las diferentes formas en que la pobreza se reproduce y se alimenta, no podremos combatirla. La pobreza tiene formas solapadas de nutrición.

Hay un ejemplo que ayuda a entender esto. En el zoológico de Santiago, en la sección donde están las culebras, hay una gran vitrina donde se exponen las diferentes especies de estos reptiles. Llama la atención que quien tiene el trabajo de cuidarlas nunca las alimenta. Ello porque en el mismo lugar donde viven las culebras también viven ratones. El cuidador, entonces, sólo necesita alimentar a estos últimos. Así, cuando la culebra desea alimentarse, atrapa un ratón y se echa a digerirlo.

Esto mismo sucede con la pobreza; nadie quiere que haya pobreza, nadie estaría dispuesto a alimentarla. Pero casi sin darnos cuenta, ciertas conductas nuestras alimentan a los «ratones» de los cuales la pobreza se nutre. Algunas de estas actitudes que alimentan a los «ratones» y que debemos revisar tienen que ver con los siguientes planteamientos: qué entendemos por juventud, qué significa ser universitario, cómo entendemos la pobreza, el porqué del clasismo con que actuamos, el concepto que tenemos de libertad, el concepto de compromiso, la ma-

nera en que enfrentamos el sufrimiento, la importancia que le damos al trabajo en equipo, nuestra opinión de la política, la producción vista como un fin y nuestra postura ante lo religioso. Es importante que revisemos estos conceptos y actitudes, porque según cómo los vivamos podríamos estar alimentando indirectamente la injusticia y la pobreza o, por el contrario, podríamos estar combatiéndolas.

### **¿Qué significa ser joven?**

Para aquellos universitarios marcados por Curanilahue, el ser jóvenes se transformó en una oportunidad de servicio y compromiso. Ser joven dejó de ser un tiempo para no comprometerse y vivir para sí mismos, como podría ser entendido el ideal de juventud que nos presenta e impone una sociedad de consumo. Los medios de comunicación —voceros de la sociedad de consu-

mo— nos muestran una juventud que vive en un tiempo ficticio y en un país irreal, que huye del dolor y del compromiso. Una juventud a la que se le ofrece toda clase de preservativos. Preservativos para hacer el amor sin compromiso y sin contagiarse. Preservativos que pueden estar disfrazados de estudios, trabajos y exámenes con el loable argumento de que así después servirán mejor; pero tal vez su objetivo sea no dejar tiempo libre para «contagiarse» con la realidad del país, para dejarse cuestionar por la pobreza, la desigualdad y la injusticia que se supone que como profesionales combatirán. Preservativos disfrazados de diversos miedos que protegen del derecho a arriesgar, a jugársela, como también a equivocarse y a fracasar. Miedos que comienzan sutilmente por la «placa bacteriana» en los dientes, o el virus Hanta, o tal vez por el agujero en la capa de ozono, pero que continúan con otros más profundos, como el miedo a los demás, a pensar distinto, a jugársela por un ideal. Se puede llegar a temerles a los otros, pues ellos pueden

tener más puntaje que yo en las pruebas, me pueden quitar el lugar, me pueden ganar la competencia. El otro deja de ser mi potencial hermano y se transforma en mi rival; sus logros no me alegran porque se perciben como peligros.

A los jóvenes, como gran cosa, se les ofrece una juventud asegurada, en que todo está pensado y planificado. Se les advierte que cualquier error que cometan puede tener consecuencias tremendas para el futuro. Nada entonces debe cambiar. Hay que pasar por la vida «como de visita», sin tocar, sin trastocar nada.

Para domesticar al espíritu rebelde propio de la juventud no sólo es válido el miedo; también se venden aditivos que le dan al joven la sensación de rebeldía mientras dure el efecto de inyectarse, fumar o alcoholizarse. Como los tristes leones dopados de un circo pobre, que hacen todo lo que el domador les indica, mientras que con algunos gruñidos y uno que otro zarpazo —con garras mochas— hacen creer, e incluso se



convencen ellos mismos, de que son valientes leones.

Se transforman en una juventud que ya no desafía al sistema. Por el contrario, el mismo sistema los absorbe. A los jóvenes más difíciles se les ofrece pertenecer a una tribu urbana con una estética dura, rompedora de esquemas. Así, adoptan una moda que los lleva a ensartarse fierros en la cara, tatuajes en la piel, a desordenarse y teñirse el pelo. Una moda que los impulsa a bailar, cantar y hablar agresivamente para que se sientan distintos y de temer. Pero así no asustan al sistema, todo seguirá igual. Algún día dejarán en un cajón todos sus artefactos, adornos y ropas y se transformarán en un engranaje más del sistema. Perdieron la oportunidad que tuvieron de ser jóvenes y desafiar de verdad, en sus raíces, a la sociedad a la que pertenecen.

Para los jóvenes que se involucran con la pobreza, la juventud se transforma en una oportunidad, en un privilegio de servir. Ser joven significa poder arriesgar, descentrarse de uno mismo, descubrir que estamos he-

chos para amar y servir. Descubrir que la existencia es un chispazo de vida, y que la vida es para apostarla. Que no se saca nada con guardarla y ahorrarla como si fuera un objeto, porque ella se nos regala para gastarla. La vida no es un derecho, es un regalo que se goza compartiéndolo y se comparte entregándolo. Para esto hay que hacerse libres, pero no una libertad que me hace esclavo de mí mismo, sino libres para algo. Una libertad que nace de asumir lo que soy, de percatarme de que no estoy hecho para mí, sino que les pertenezco a los demás. Que soy parte de una historia, que muchos seres humanos han sufrido dando lo mejor de sí para que yo herede lo que soy. Me debo a ellos como me debo a los que vendrán después de mí. Así, quienes vivían en la pobreza enriquecieron al joven que se involucró con ellos y, de alguna manera, le devolvieron la verdadera juventud.

## **¿Qué significa ser universitario?**

El joven que cursa estudios superiores, al contactarse con quienes viven la pobreza, descubre lo que significa ser universitario. Descubre que serlo es un privilegio, una oportunidad que implica un compromiso. Que no sólo son sus padres, una beca o un crédito los que pagan sus estudios; que también todos los chilenos, por medio del Estado, cooperan con los costos de su educación. El Estado, ahorrando los recursos de todos, deja de construir más puentes, hospitales, escuelas, puertos, carreteras, viviendas, para invertir en la formación de cada universitario. Así, con el dinero de todos, incluidos quienes viven en los campamentos, se financia gran parte de la educación de un profesional.

El país necesita de buenos profesionales que puedan enfrentar las grandes tareas de la patria; entre ellas, la de superar la pobreza. Y por eso no duda en ahorrar en otros ámbitos para invertir en ellos. Por lo tanto, el

universitario debe tomar en serio la misión que se le encomienda y las expectativas que en él ha puesto el país. Tomando conciencia de esto, un universitario no debería conformarse con sólo pasar los ramos, bajar de internet un trabajo o copiar en las pruebas. Es tal su responsabilidad, que simplemente no puede hacerse cómplice de la mediocridad.

Estudiar seriamente significa estudiar con pasión, con preguntas, con inquietudes, y éstas surgen al estar en contacto con los problemas del país, con los desafíos de la sociedad. Cada universitario que estudia su profesión sin conocer la realidad de su país es un universitario que estudia sólo para sí mismo y que por lo tanto será un mal profesional. Será un fracaso para las esperanzas que la sociedad ha puesto en él. Será un profesional mediocre, pues sólo será competente en usar sus conocimientos para enriquecerse a sí mismo. Tal vez tendrá otras preocupaciones, pero no serán las preocupaciones de su pueblo. Hablará otro lenguaje,

pero no será el lenguaje de su pueblo. Será un extranjero en su propio país y, lamentablemente, un extranjero que le costó caro al país y al que también le costará caro mantener contento y saciar sus gustos y ambiciones personales.

Que no se engañen los universitarios creyendo que son buenos estudiantes sí sólo cumplen con sacarse buenas notas. No basta con eso. Hay muchos chilenos que no tuvieron sus oportunidades y que han hecho un gran esfuerzo poniendo sus esperanzas en los universitarios que serán los futuros profesionales. Pero si mientras se es universitario no se tiene contacto directo ni se conoce a aquellos que han puesto sus esperanzas en ellos, se terminará como decíamos, siendo un mal profesional. Será un profesional eficiente en agrandar las desigualdades sociales y no hará patria.

Los estudiantes no deben engañarse pues: si siendo universitarios no son generosos y no se comprometen con grandes sueños, es muy difícil que después, en la

vida profesional, sean capaces de ser generosos para cumplir con esos sueños si nunca los tuvieron antes.

### **¿Qué es la pobreza?**

Humanamente partimos iguales al gestarnos en el vientre de nuestras madres. Pero luego, a veces desde el mismo embarazo, las desigualdades de oportunidades que nos rodean nos van condicionando. No se «es» pobre, se vive en una situación de pobreza donde hay falta de oportunidades y carencia de redes de contacto o redes de apoyo.

La pobreza parasita en nuestro continente desde antes de la Independencia. Se pasea con libertad por nuestros países y mete su nariz por todos los rincones sin que nadie la haya invitado. Se viste con distintos disfraces, tomando formas muy diversas, pero basta mirar con humanidad la realidad para reconocerla. Se

ensaña con los niños y ancianos, con los más indefensos. A los jóvenes y adultos que ha atrapado entre sus largos brazos suele envolverlos en la desesperanza, la cesantía, el abandono y muchas veces los ahoga en el alcohol y la droga.

Se alimenta de nuestra soberbia, del clasismo, del egoísmo humano. En ciertos ambientes se las arregla para pasar inadvertida o mostrarse simpática y pintoresca. Es tan inescrupulosa, que incluso se presenta merecedora de su compañía. Quiere hacernos creer que a quienes ha sometido ya se han acostumbrado a ella. Como lleva tanto tiempo en nuestro continente, casi creemos que es parte de nuestro paisaje. A veces la dignidad la obliga a esconderse, pero tarde o temprano sus rasgos típicos la delatan. Se la reconoce por las hilachas en los bordes de la chaqueta, por los dientes que faltan en una sonrisa, por los zapatos gastados de quien busca trabajo, por las monedas que faltan para el pan, por quien no deja sobras al comer, por la gotera que lo

humedece todo, por la vela que tenuemente alumbraba la pequeña habitación, por los niños que duermen apiñados, por la letrina compartida, por la escasez de justicia, de educación, de salud y de oportunidades.

Pero hay lugares donde no se esconde, donde se muestra con toda su crudeza. Lugares que son como su madriguera, donde se siente segura, crece y se reproduce. Es en los campamentos donde reina la pobreza. Es ahí, en los sin casa, donde la pobreza se siente a sus anchas. Y es ahí mismo, donde hay verdaderas heroínas y héroes que la combaten sin tregua, día y noche. Para ellos no hay festivos ni descanso. Sus armas son la esperanza y la alegría, con ellas comienzan a defenderse. Luego se organizan en comités para ir buscando soluciones de vivienda, salud y educación. Educación y trabajo son las herramientas más efectivas para combatir la pobreza, pues con ellas se ataca la raíz del problema.

No es fácil esta batalla. Hay muchas personas que



caen en el camino. La mala alimentación las desgasta antes de tiempo. También las enfermedades mal cuidadas e incluso accidentes y tragedias como los incendios de sus casas o la muerte a raíz de un golpe eléctrico gatillado por precarias instalaciones. No es fácil sobrevivir. Hay algunos que lamentablemente venden su honor y sobreviven practicando la delincuencia. Otros se rinden y —con o sin vergüenza— mendigan.

Por muchos años la indiferencia y la demagogia de la sociedad le sirvieron a la pobreza para ganar terreno. Fue entonces cuando quienes se resistían a ella, quienes la vivían y combatían a diario, encontraron un cómplice, un aliado. El padre Alberto Hurtado rompió la indiferencia social y con ella construyó solidaridad. Cambió el orden y puso la justicia antes que la caridad. Desde entonces los pobres no están luchando solos. Porque aunque el padre Hurtado ya no está, son muchos jóvenes los que quieren terminar lo que quedó inconcluso con su muerte.

## ¿Qué es el clasismo?

Clasismo se le llama a la actitud de quienes defienden la discriminación por motivos de pertenencia a otro sector socioeconómico, de quienes tomando ciertas características físicas, de lenguaje, de vestir o de origen, clasifican a una persona en una clase social y arbitrariamente la catalogan negativamente. El problema se presenta porque estas asociaciones de apariencia inocente crean injusticias y permiten discriminaciones. Éstas incuban peligrosos sentidos de superioridad o de inferioridad. Hay que hacer un esfuerzo real para romper este clasismo y abrirnos a la diversidad del ser humano; esto no sólo nos hará más libres, sino que también nos enriquecerá a todos.

No podríamos pensar que estamos trabajando para derrotar la pobreza ni creer que estamos estudiando para hacer un país más justo si al mismo tiempo estamos alimentando la pobreza y la injusticia con un

hiriente y absurdo clasismo. Tenemos que desterrar de nuestro lenguaje todas las expresiones y modos que lo encierran. Es un desafío eliminar de nuestras conversaciones y chistes todo lo que fomenta y alimenta el clasismo.

Tal como están nuestros países, con el mismo ingreso per cápita que hoy tienen, serían mucho más democráticos y justos si no fueran sociedades tan clasistas. El clasismo se infiltra en todo: en el modo de vestirnos, en la forma de pronunciar las palabras, en el barrio en donde vivimos, en el lugar donde estudiamos, en donde vamos en los tiempos libres y durante nuestras vacaciones. Es tan penetrante y solapado el clasismo, que también invade la religión, cuestión especialmente evidente en los movimientos religiosos.

Por años el ser joven era algo que sólo pertenecía a una clase social. El hijo del campesino o del obrero, una vez que maduraba, tenía que ponerse a trabajar. No tenía juventud. El tiempo libre para estudiar y la

preparación para el mundo del trabajo eran un privilegio exclusivo de una determinada clase social. De este tiempo de ocio nacían modos de hablar, de vestir, de comportarse, que se asociaban a una clase, unidos a un prestigio social. También el ser universitario significaba pertenecer a esta clase social privilegiada.

Las cosas han ido cambiando. El ser joven hoy no es privilegio de una clase, sino que más bien atraviesa todo el espectro social. La forma de vestirse y la moda en general, que antes eran tan discriminatorias, han ido cediendo. Hoy, los *jeans*, la moda casual y la ropa usada han democratizado la apariencia. Esto ciertamente ayudará a una apariencia menos clasista, pero también esto mismo puede llevarnos a que ahora, dentro de la misma sociedad, nazca y se acentúe aún más el clasismo como una forma de «marcar territorio» y buscar diferenciarse.

Con el clasismo no caben actitudes de imparcialidad ni de inocencia. O se está en contra de él y se lo

combate comenzando por reconocer que él existe, o inevitablemente se es su aliado. Se puede ser su aliado sintiéndose de una clase social «superior» o sintiéndose de una clase social «inferior». «Sentirse de una clase social» no radica en reconocer que étnica, sociológica o económicamente se pertenece a alguna categoría social, sino que es una cuestión de no admitir como válidos otros comportamientos, costumbres o maneras de ser que no sean los que yo poseo. Es juzgar y catalogar a las personas por estos signos o modos externos perdiendo la propia libertad frente a ellos. Es como tener memorizado, en nuestro «disco duro», un manual de comportamientos como el único válido, juzgando y descalificando a quienes poseen otros tipos de comportamientos.

Esto del clasismo podría parecer algo ridículo y tonto, pero no es ni lo uno ni lo otro. Es algo muy serio. Entre otras cosas, discrimina injustamente, por ejemplo, en cómo se contrata a las personas, en cómo se las

atiende, en cómo se les respetan sus derechos. Un estudio reciente realizado por la Universidad de Chile muestra que en nuestro país un profesional, al terminar sus estudios, encuentra empleo con más facilidad y obtiene mejores sueldos si posee un apellido resonante, aunque incluso haya tenido peores resultados académicos que sus otros compañeros. De esta forma, el clasismo ampara el inmovilismo social, que es aún más injusto que la desigualdad social, pues éste es quien la alimenta. Las personas quedan para siempre marcadas por el lugar de nacimiento, por características físicas o culturales. Se podrán hacer esfuerzos contundentes para que haya mayores oportunidades y permitir más movilidad social, pero si persiste el clasismo, se frenará todo tipo de iniciativas que busquen oportunidades más democráticas.

## ¿Qué es la libertad?

Una de las cosas con que los medios de comunicación masiva y la propaganda asocian a los jóvenes es con la libertad. Pero podríamos decir que es un tipo de libertad con «minúscula», tal vez una libertad de consumo, pues se basa sólo en la capacidad de elegir y en la posibilidad de hacer lo que se quiera. Es decir, una libertad que me puede hacer esclavo de mí mismo. La verdadera libertad, la libertad con «mayúscula», es la libertad que se gana cuando se asume lo que uno es y tiene. Gran parte de la libertad consiste en asumir, más que en escoger o elegir. Las cosas fundamentales que me constituyen como persona, como es el existir, el sexo que poseo, la familia de la que provengo, el cuerpo que llevo, el carácter con que nací, la fe que heredé, son algunas de las cosas que no elegí y que, sin embargo, no coartan mi libertad. Por el contrario, si sé cómo asumirlas, entonces las haré propias, y haciéndolas propias seré realmente libre.

Una parte muy pequeña de la libertad consiste en escoger; lo más fundamental de la libertad consiste en asumir. Cuando, por ejemplo, se asume el cuerpo, se es libre frente a él pues lo hago mío. Lo mismo ocurre con todo lo demás. Incluso los parámetros que tengo para elegir, los parámetros de lo bueno o lo malo, de alguna manera también se me han dado. Hay dos cosas importantes que hay que tener presentes para contrarrestar la caricatura de libertad que se nos propone, la cual podemos llamar «libertad de consumo». Primero, que se es libre cuando se es libre «para» algo. La libertad por sí sola es sólo una quimera. La libertad tiene dos aspectos que se complementan. Se es libre «de» y se es libre «para algo». O sea que distinguimos una libertad negativa, que rompe ligaduras, y una positiva que orienta al ser humano. Sólo rompe las ataduras quien tiene una dirección. Si no soy libre para algo, nuevas y peores ataduras me amarrarán. Se es libre cuando se busca hacer algo con la libertad. Por eso es que la libertad más completa



se da cuando se ejerce dicha libertad comprometiéndose con algo.

Segundo, hay que asumir lo que se es para ser verdaderamente libre. Desde el mismo momento en que vaya asumiendo lo que he recibido como don me iré haciendo único y libre. Mientras haya áreas de mi ser, de mi historia que no pueda asumir como propias iré perdiendo libertad, se me irá debilitando el don. No ha habido nadie tan pendiente de asumir su misión, de asumir la voluntad de Dios sobre Él, como el mismo Jesús. Sin embargo, no ha habido jamás nadie más libre que Él.

### **¿Qué significa comprometerse?**

Compromiso significa libertad ejercida. Comprometerse significa apostar la vida, jugársela, «quemar las naves». Esta expresión alude a la decisión adopta-

da por Hernán Cortés cuando iniciaba su ambiciosa aventura de la conquista de México. Quemando las naves, Cortés impidió a sus propios soldados toda posibilidad de renunciar a la heroica empresa y no les dejó otra alternativa que la de pelear, y vencer o morir. Es decir, ya no había regreso. Fueran las que fueran las dificultades a las cuales se enfrentaran, ya no había posibilidad de volver. Imaginemos lo que deben haber sentido en su interior esos marineros cuando sentados en la playa observaban arder la única posibilidad de echar pie atrás a su compromiso. Es lo que todos sentiremos al tomar una decisión importante en nuestras vidas. Ésta es la actitud que es necesaria tener en el alma cuando se toma un compromiso, pase lo que pase «las naves se han quemado» y no hay posibilidad de retorno.

La juventud es el momento de quemar las naves, de los grandes compromisos; es el tiempo de hacer realidad los sueños a través del compromiso. Quien se siente a

calcular el riesgo nunca se comprometerá. Quien espere tenerlo todo claro y dominado nunca se comprometerá, ni tampoco quien tiene miedo de equivocarse o de fracasar. Quien no sabe comprometerse en lo pequeño no sabrá comprometerse en lo grande. Es decir, quien no es capaz de llegar a la hora señalada, entregar lo pedido en el plazo establecido, el que no es capaz de cumplir con su tarea, nunca se comprometerá de verdad.

Cuando llega el momento, son muy pocos aquellos con los cuales se puede contar de verdad, aquellos que uno sabe que pase lo que pase cumplirán su compromiso. Esos que saben comprometerse, aquellos que aun en medio de las dificultades dicen sí, éstos son los que se necesitan para transformar el mundo. Ellos son los que terminarán con las situaciones de injusticia y de pobreza.

El temor al fracaso paraliza, y en una sociedad que nos incita al éxito, que desconoce el fracaso como parte

de nuestro existir, éste es uno de los mayores escollos que puede enfrentar la juventud, ya que anula en ella todo posible deseo de compromiso.

### **¿Qué es el sufrimiento?**

No habrá compromiso posible si no estoy preparado para enfrentar la adversidad. No es que se busque sufrir por sufrir, sino que así como el amor y la alegría son parte del vivir, así también lo son el dolor y el sufrimiento: «Si el grano de trigo no muere, queda un simple grano, pero si muere da fruto» (Jn. 12, 24). Nacimos a la vida a partir del dolor de un parto, el dolor está presente en toda nuestra existencia, es parte de nuestra vida. Quien nunca ha sufrido, es alguien que nunca ha crecido, nunca ha vivido, ni menos ha amado. Tenemos que tener la fortaleza interior que nos haga capaces de enfrentar el dolor y el

sufrimiento que tendrá nuestra vida diaria. Tenemos que estar preparados para enfrentar la adversidad, sobre todo si queremos cambiar las cosas y nadar contra la corriente.

La cultura actual se caracteriza por evitarnos, desde que somos niños, la experiencia del dolor. Esto nos hace tremendamente frágiles y débiles. Más aún, si cuando niños no hemos sufrido lo que habitualmente sufre cualquier niño normal, entonces sufriremos mucho siendo adultos o tal vez nunca lleguemos a ser totalmente adultos. Quien tiene un ideal en la vida y quiere jugarse por él debe tener cierta reciedumbre, debe ser capaz de «en pie soportar el dolor». Cervantes, en boca del Quijote, nos habla sobre una de las características que debe tener un caballero andante que enfrenta a los molinos de viento, dice: «...ha de ser médico y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos, las hierbas que tienen virtud de sanar sus heridas. Pues no ha de andar el Caballero Andante a

cada trinquete buscando quien se las cure...»<sup>19</sup>. Debemos tener la fortaleza necesaria para ser capaces de curar nuestras propias heridas, no podemos estar a cada golpe, en cada adversidad, buscando consuelo. No podemos estar esperando siempre tener refuerzos positivos de los demás para hacer lo que tenemos que hacer. Debemos ser capaces de enfrentar la crítica, los rumores, la malicia, sin desplomarnos.

Nuestra misión es demasiado importante para derribarnos por los mordiscos que nos puedan dar, pues si avanzamos siempre nos saldrán perros al camino. Hacer bien la tarea, cumplir con el deber, ser fiel al compromiso, es la única recompensa que debemos esperar; el mejor aplauso y premio que nos debe motivar.

19 De Cervantes, Miguel. *Don Quijote de la Mancha*. Segunda parte, capítulo XVIII.

### **¿Por qué es fundamental el trabajo en equipo?**

Aunque debemos tener la reciedumbre necesaria para andar caminos solitarios y también para estar preparados a que por nuestras opiniones u opciones nos puedan dejar solos, lo propio nuestro, a lo que debemos tender siempre, es a caminar con otros, a trabajar con los demás. El trabajo en equipo nos dará la fuerza que no tiene el solitario. Trabajar con los demás, compartir los ideales, es algo que nos descentra de nosotros mismos y nos centra en la tarea. Esto no nos será fácil, pues la cultura actual es tremendamente individualista y privilegia el competir por sobre el compartir. De alguna manera nos hace ver al otro como un competidor más que como un compañero.

Ciertamente este individualismo competitivo es muy útil al sistema, pues es muy productivo. Apoya y potencia decididamente al creativo, al inteligente, al que produce, al que está sano y tiene cualidades para ir al

paso de los más rápidos. Pero este sistema no se comporta de la misma manera con los más débiles, con los lentos, con los que tienen dificultades. A ellos los posterga y margina, los hace sentir un estorbo y entonces, abandonados, tienen que arreglárselas por sí mismos. Por su forma de operar, este mismo sistema va creando para todos, incluso para los que son considerados exitosos, miedos y angustias muy profundas. Pues todos dependerán sólo de sus propias fuerzas, y si éstas son débiles, entonces no tendrán muchas posibilidades de salir adelante. De igual forma, entre quienes cuentan con fuerzas y cualidades aptas para surgir y producir también estará latente la posibilidad de que algún día éstas les falten o les fallen. Así, cada uno peleará por lo suyo y tendrá mucho miedo a fracasar. No habrá cabida a la solidaridad, ni para quien disfruta del éxito ni para quien necesita ayuda. Esto destruye la convivencia y nos desvincula a unos de otros.

Debemos construir una sociedad distinta, una socie-



dad a escala humana, donde el más débil sea el centro de preocupación del más fuerte. Donde los seres humanos nos sintamos hermanos con un destino común. Pero para esto hay que estar dispuesto a compartir nuestros privilegios. Tenemos que estar alertas a tal vez no ir tan rápido para poder ir juntos con otros, ir al paso del más lento para que nadie se nos quede atrás. Para esto es muy importante trabajar por construir instituciones y fortalecer y cuidar las ya existentes. Las instituciones protegen a los más débiles, y a los que son fuertes los ayuda a ser hermanos de sus hermanos. Los privilegiados no necesitan de las instituciones para que los protejan. Ellos pueden y saben protegerse por sí mismos, ellos pueden prescindir de las instituciones para subsistir. Son los pobres, los débiles, los que son distintos quienes necesitan de las instituciones para que los protejan y les den las opciones que de otra manera no podrían tener. Pero para trabajar en equipo, para fortalecer las instituciones, hay que estar dispuesto a morir

un poco, a renunciar o postergar parte del propio sueño para así poder construir uno que incluya los sueños de todos.

### **¿Por qué es importante la política?**

En el trabajo en equipo y en la construcción de un sueño común la política juega un papel clave. Todos los papas, a partir de León XIII, han insistido en la importancia de la política y especialmente de la participación de los católicos en ella. La política es la preocupación por el bien común, la búsqueda de consensos, la concreción de los sueños y la participación en ellos. Ella clarifica las metas e ideales, pero tiene la prudencia de ver lo que es posible en una sociedad concreta.

Sin embargo, desde la vuelta a la democracia en todos los países de Latinoamérica, algunos poderes

fácticos han hecho todo lo posible por desprestigiar la política y a los políticos. Los medios de comunicación, la misma torpeza de algunos políticos y el individualismo de una cultura competitiva han sido cómplices de estos poderes. Destruyendo a los políticos y a la política en general, los países quedan a merced de los poderosos o de los iluminados, que prometiéndoles atajos empobrecen a los países mientras ellos se enriquecen.

Es injusto cargarles a la política y a los políticos defectos que son inherentes a la humanidad. Bastaría hacer una lista de los defectos propios y compararlos con los defectos de los políticos para descubrir las coincidencias. El mismo ejercicio se podría hacer comparando los defectos de la política y de cualquier otra institución humana como la familia o la misma Iglesia. Descubriríamos que comparten los defectos.

La política es clave para mejorar las leyes y las políticas públicas, y por ende las estructuras injustas. Hay que

participar en política ya sea informándose, opinando y ejerciendo el derecho a voto o participando en algún partido político. Necesitamos que los mejores sean los que participen directamente en los partidos y en los cargos de servicio público, para que otros, con bajos intereses, no ocupen su lugar.

No hay que tenerle miedo al ejercicio del poder público. Si realmente queremos cambiar la sociedad y mejorarla, no debemos descuidar la política. Se dice que la política sí, pero que la «politiquería» no. Pero esto es una falacia, no existe política sin que en ella parasite algo de politiquería; son inseparables, como las pulgas a un perro. La politiquería se adhiere a la política justamente por lo importante que ésta es.

No puede existir una sociedad sin política, se puede prescindir de muchas cosas, pero no de ella. Incluso en cuestiones que parecen serle ajenas, de alguna manera también en ellas se hace política. En los movimientos religiosos juveniles, por ejemplo, para elegir los líderes y

éstos a sus equipos de trabajo, se hace política. No da lo mismo que cualquiera sea elegido para conducir. Tal vez no es una política de partidos o que representen corrientes ideológicas la que se hace en ellos, pero de alguna manera se hace política. Desconocer esto es ser iluso. El ser humano es un ser político porque se relaciona con otros y busca el bien común. Si queremos dejar atrás la pobreza y detener la corrupción y la droga, debemos tener buenos partidos políticos, buenos políticos y buena participación ciudadana en la política. Ella en su esencia encara el problema del poder que siempre existe en todo grupo humano. La verdadera política convierte ese poder en servicio y no en atropello.

Un Techo no es una agrupación políticamente partidista, en él participan jóvenes de diversas tendencias, pero esto no significa que seamos indiferentes a la política o que no nos interese. Más aún, siempre apoyaremos al joven que deje de pertenecer al Techo para seguir sirviendo al país en la política. Nos sentiremos orgullosos

de él o de ella. Dos cosas sólo le exigiremos: que si entra a participar activamente en la política deje el Techo, pues lo queremos de lleno en ella, y que se la juegue por su país, que sea honesto y que defienda los intereses de los más débiles.

### **¿Cuán relevante es producir?**

Es difícil hacer entender la preocupación por los otros o la construcción de un ideal si estamos inmersos en una cultura que privilegia, por sobre toda otra dimensión humana, la del trabajo centrado sólo en la capacidad de producir. Cuesta entender hoy una cultura humanista que busque un equilibrio y un desarrollo de todas las dimensiones humanas: la gratuita, la artística, la trascendente, la religiosa, la intelectual, la política y las de la cooperación, el desarrollo y el trabajo. Pareciera que las únicas que se valoran son estas dos últimas.

La producción es el nuevo ídolo; quien produce es quien vale, no importando para nada sus otras dimensiones. La riqueza de un país, su desarrollo, se mide prácticamente sólo por su capacidad de producción. Es más, se impone también una visión peyorativa a las otras dimensiones, pues ellas son consideradas poco productivas.

Así van perdiendo las personas y las sociedades las dimensiones gratuita, artística o religiosa, tan ligadas a la dimensión humana de la vida. El arte sólo será aceptado como un agregado y las obras de arte como moneda de cambio, signo de estatus o de inversión. En la cultura actual, el arte, la poesía y la música si no producen dinero o prestigio pareciera que no tienen sentido, que se trata de una pérdida de tiempo.

Lo mismo pasa con las dimensiones trascendente y religiosa. Aparecen como improductivas. Sólo se entienden como lo que mantiene una moral que ordena a la sociedad. La nueva religión es la tecnología y la ciencia,

pues ellas ordenan el mundo a la medida del sistema. Ellas tienen respuestas útiles que resuelven problemas y sirven a la producción. La tecnología y su capacidad de prolongar y aumentar nuestros sentidos nos hace sentir inmortales. La ciencia parece infinita y nos da una sensación de omnipotencia como nunca antes el ser humano había tenido. Ante esto, algunos han prostituido la religión y la han hecho útil al sistema, la han transformado en algo intimista o en una moral aguada. No hay cosa peor que una religión funcional. Se alejan de ella los críticos, los intelectuales, los artistas y los jóvenes. Se ha ido creando una religión basada en la superstición, pendiente de los milagrosos. Una religión que adula mis sentidos haciéndome sentir bueno mientras me va metiendo en mí mismo. Una religión encerrada y separada de la historia. Prisionera en un espacio segregado de la vida, reservado a lo sagrado. Una religión que no molesta, que se usa como complemento para las ocasiones importantes como una tenida de gala. Ciertamente es-



ramos en una cultura que no encuentra para nada productiva la religión, la ve como algo inútil cuando ésta no es funcional al sistema productivo. Es a lo más un consuelo o un rito.

Con las dimensiones intelectual y política ha sucedido algo parecido a la religión. Las universidades, más que cultivar el espíritu crítico y el pensamiento con libertad dialogando con la cultura, se han transformado en centros donde se imparte una técnica. Se han transformado en máquinas dispensadoras de títulos, en un buen negocio. El saber no se justifica por sí mismo si no se le encuentra una utilidad productiva directa. La reflexión personal y el buscar una síntesis propia del saber quedan postergados privilegiando el dato útil. Es tanta la información disponible, es tan vertiginosa la vida, que no hay tiempo para discurrir, no hay tiempo para el ocio, para el pensar gratuito.

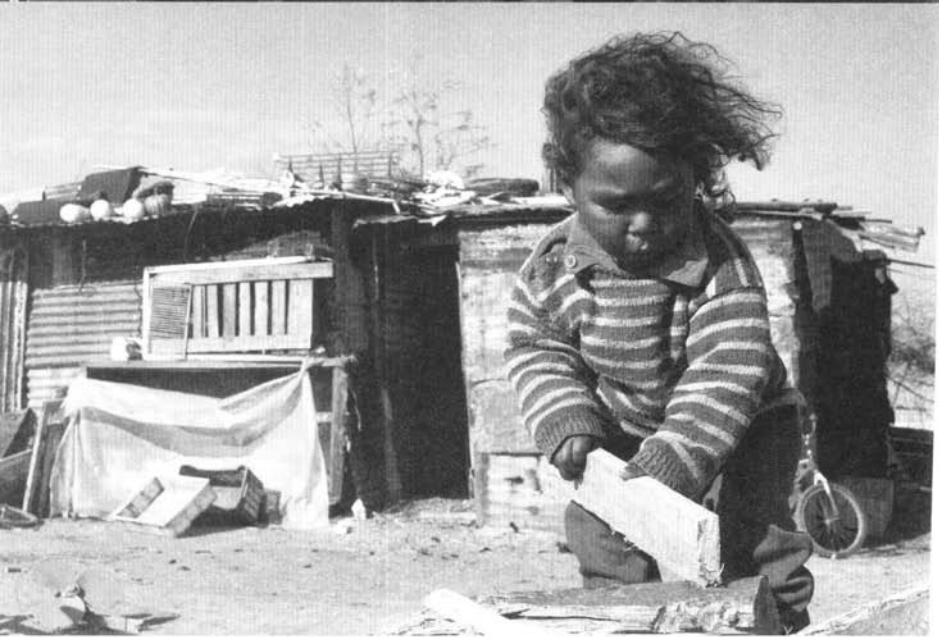
Más aún, se tiene la sensación de que ya está todo pensado, que no hay más que pensar, que no hay que

cuestionar lo establecido porque es peligroso o porque pareciera que nos lleva a perder el tiempo. La pregunta de moda, «¿para qué sirve?», anula todo cuestionamiento, toda idea nueva. Una especialización casi extrema nos ha llevado a una compartimentación del saber y nos falta la síntesis que nos permita vislumbrar para dónde vamos.

Por último, el trabajo considerado como un elemento de transformación de la realidad que nos permite comunicarnos con otros y crear se ha reducido en su dimensión al privilegiar sólo la producción de bienes de consumo. Todo trabajo que tenga resultados visibles, inmediatos, prácticos es valorado porque aumenta la producción. Todo se mide desde el ángulo de lo productivo; lo que no va directamente a producir más bienes de consumo es inútil. En esta lógica se ha visto envuelto el propio ser humano. A las personas se las evalúa por su capacidad de producir. Así, hay categorías de seres humanos según lo que ellos produzcan; hay algunos que

valen más que otros. Los pobres, los ancianos, los que tienen alguna discapacidad que los hace ineptos para producir son un estorbo, una carga para la sociedad. Si no hay contemplación con el ser humano, menos la habrá con los animales y con la naturaleza. Todo tiene que ser sometido y ofrecido como un sagrado sacrificio al dios de la producción.

CAPÍTULO IV  
**La Iglesia de los jóvenes  
y de los pobres**







## **Un cambio espiritual profundo**

Nos engañamos si pensamos que habrá cambios verdaderos en la realidad social de Latinoamérica si no hay un cambio espiritual profundo en nosotros, si no tenemos una «conversión» espiritual. Por esto hay tanto interés en sacar el problema espiritual-religioso del horizonte, ya sea relegándolo a un lugar insignificante de una vida compartimentada, transformando lo espiritual-religioso en una cuestión privada entre cada individuo y Dios, o reduciéndolo sólo a prácticas rituales y piadosas que den bienestar espiritual; o peor aún, simplemente prescindiendo del tema.

No basta tener una experiencia espiritual profunda si ésta no se expresa en principios y valores que humani-



cen, que hagan más libres y que vinculen al ser humano con los demás. Si esta experiencia espiritual es madura y verdadera, nos sacará de nosotros mismos y nos llevará a compartirla con otros y a concretarla; encarnarla en ritos, valores, principios y actitudes. Por eso que una espiritualidad madura y verdadera lleva a vivirla en una religión con otros. No podemos prescindir de lo espiritual, pero podemos reducir lo espiritual al ámbito de lo privado, sin expresiones externas, sin compartirlo con otros, sin institucionalizarlo. Pues siempre la experiencia espiritual vivida en el interior de cada persona es aparentemente más rica y pura que la expresada en una religión, en ritos, en doctrina, en valores y principios. Pero siendo aparentemente más rica y pura, se empobrece al vivirla en solitario.

Jesús compartió su experiencia espiritual, la expresó en sus gestos, en sus opciones que lo llevaron hasta la cruz. Pero no sólo la compartió con otros, sino que la prolongó en el tiempo en su Iglesia: «Yo estoy con us-

tedes todos los días hasta el fin de la historia» (Mt.28, 20b). La encarnó en una institución jerárquica: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt.16, 18). Le dio una misión: «Vayan pues y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos» (Mt.28, 19a). Con ritos que le dan vida: «Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt.28, 19b). Con una doctrina: «Enseñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes» (Mt.28, 20a).

Todo artista verdadero no copia ni imita nada, sólo expresa lo que lo quema en su interior. Sin embargo, cuando el artista se expresa en una obra determinada, la mayoría de las veces el «dolor» plasmado en su obra es un pálido reflejo de lo que lo realmente lo quemaba por dentro. Siempre quedará dentro de él algo mucho más puro y rico que luchará por seguir expresándose. Lo plasmado en la obra será siempre más pobre que lo que lo motivó a realizarla. Pero lo que lo motivó, lo que lo quema por dentro será subjetivo, privado, sólo un sen-

timiento, mientras no se exprese. Es necesario hacerlo carne, compartirlo con otros para hacerlo real. En este ejercicio siempre algo irá muriendo entre el sentimiento íntimo del artista y lo que ha expresado y plasmado en su obra. Por eso es que todo artista no alcanza a terminar su obra y ya está disconforme con ella y necesitará recomenzarla o hacer una nueva para expresarse una y otra vez.

Homologando al artista y su obra, la Iglesia es el sentimiento íntimo de Jesús «que continuamente se va plasmando en la tela», el lugar donde se institucionaliza su encarnación. El Espíritu de Jesús irá en el tiempo y en la historia reeditando lo plasmado para que sea cada vez más fiel a su sentimiento íntimo. Es lo que vive un joven que se siente atraído por la mujer en general. Siente profundamente la necesidad de compartir su corazón con una mujer, la cual cada vez idealiza más en su interior. Pero no será capaz de enamorarse nunca si no aterriza su amor en una mujer concreta. Mujer real que tendrá

un cuerpo determinado, una historia, carácter, defectos, etcétera. Terminará aceptando que la mujer ideal no existe, o más bien, que lo ideal se da sólo en lo concreto; lo demás es puro sentimiento abstracto, una quimera. Lo mismo le sucederá con la familia que sueña formar y la familia real que forme. Así pasará con sus sueños, con sus ideales, con todo lo que concretice, con todo lo que haga real. Por miedo a tener que morir un poco entre lo que añora y lo real, por miedo a institucionalizar los sueños, muchos desistirán y querrán aferrarse a lo que les parece puro, al sentimiento abstracto y se resistirán a encarnarlo.

Algunos vivirán la cobardía de no atreverse a morir un poco, como muere en parte el artista que se vierte en su obra. Para no reconocer su cobardía, defenderán su posición criticando los defectos de todo lo real, de todo lo encarnado. Así destacarán sólo los defectos de la Iglesia, los defectos de la obra que plasmó el artista, los defectos de la polola en que el joven encarnó su amor. Más

aún, el joven descubrirá que no basta con concretar su amor en una mujer real, sino que también debe aterrizar su amor a ella en compromiso, en palabras, en gestos. Así también, no basta con tener un sentimiento espiritual, hay que aterrizarlo en compromiso, en palabras, en gestos de una religión. No basta vivirlo en privado, hay que compartirlo con otros, en una iglesia.

### **¿En qué dios no creo?**

No hay nada más subversivo que una relación con Dios liberadora de uno mismo, de toda idolatría y de toda esclavitud. Sin esta experiencia profunda de un Dios que quiere emancipar a su pueblo, tal como lo experimentó el pueblo de Israel y como lo empezó a experimentar la Iglesia latinoamericana en las Conferencias Episcopales de Medellín y Puebla, no habrá verdadera liberación.

La historia nos cuenta que presagios y profecías de origen azteca e inca anticiparon, de alguna manera, la llegada de los europeos a América. Los vaticinios aztecas anunciaban que el retorno del dios Quetzalcóatl se produciría al final del reinado de Moctezuma. Dicho regreso ocurriría precedido por una serie de fenómenos naturales y catástrofes personificadas bajo la forma de un hombre blanco. Las profecías comenzaron a cumplirse a los tres años de la ascensión de Moctezuma al trono. En 1510 se sucedieron un eclipse de sol y la aparición de un cometa. Al poco tiempo, Hernán Cortés desembarcó en las costas de México.

En el imperio de los incas la llegada de los españoles también fue precedida por presagios y profecías que anunciaban fenómenos naturales como rayos, cometas y cambios en el color del sol y de la luna. Los incas también esperaban el retorno de un dios salvador, Viracocha, por lo que cuando tuvieron noticias de la llegada de Pizarro, muchos creyeron que era la espera-

da divinidad. Como bien lo describe un cronista de la época: «Quién puede ser sino Viracocha... era de barba negra y otros que lo acompañaban de barbas negras y bermejas». Pareciera que la historia de Latinoamérica está marcada por estas tristes confusiones que nos someten a falsos ídolos, que traen injusticia, hambre, pobreza y muerte.

Hoy en Latinoamérica ya no idolatramos al europeo pensando que es una divinidad, como lo hicieron al comienzo los aztecas y los incas. Ahora son otros los ídolos, ahora son otros los «pizarros y corteses» que endiosamos y que, como antaño, se hacen pagar con hambre y miseria. Sin ser conscientes de estas idolatrías, sería difícil comprender a un continente donde se encuentra casi el 50 por ciento de los católicos del mundo y en donde la mitad de sus quinientos millones de habitantes sobreviven en la pobreza. Es éste un continente que, a pesar de contar con riquezas naturales y humanas incomparables, suficientes como para llenar de oportunidades

a todos sus habitantes, está marcado con escandalosas desigualdades sociales.

Para poder desenmascarar a estos ídolos que nos exigen sumisión, sin saciar jamás su codicia de riqueza y poder, debemos revisar en qué dios no creemos. No basta con declarar que uno es católico y que cree en Dios, decir el Credo y participar de la liturgia de la Iglesia. Debemos también declarar y concienciar sobre qué dios no creemos, para así desenmascarar cuáles son los ídolos incompatibles con el Dios de Jesucristo.

Así como todo creyente debe decir en qué dios no cree, también todo agnóstico debe ser honesto no endiosando nada, y todo ateo debe evitar idolatrar. Pero lamentablemente las injusticias que marcan a Latinoamérica nos enseñan que no ha sido así. Creyentes y no creyentes hemos idolatrado sistemas económicos, de poder, de riqueza y de seguridad. Nos hemos entregado a estos falsos dioses, sometiendo al ser humano a los intereses mezquinos, y nos han pagado con la injusticia



y la miseria en que vive gran parte de la población. No es compatible arrodillarse ante el Santísimo y, al mismo tiempo, hacerlo ante el mercado, la riqueza, la fama o el poder.

Hay que estar atentos. No podemos servir a dos señores sin caer en confusión, tal como les sucedió a los aztecas e incas al adorar simultáneamente a dioses incompatibles. Jesús fue muy cuidadoso para que no confundieran su condición de Mesías con la concepción de un salvador poderoso y guerrero, representación que tenían los judíos y que era incongruente con su misión. Fue esa misma concepción la que impidió a los judíos reconocer en la sencillez y humanidad de Jesús al verdadero Mesías. Estas confusiones son el gran pecado de Latinoamérica; en ellas, al igual que Judas, optamos por quedarnos con el dinero a cambio de traicionar a Jesús. Para superar la pobreza, para terminar con la injusticia y los falsos ídolos, es necesario plantearse en qué Dios creo y en qué dios no creo.

***¿Es Chile un país católico?***<sup>20</sup>

Esta pregunta que se hizo en los años 40 el padre Hurtado todavía es aplicable a todos los países de nuestro continente. Tenemos un desafío pendiente y no menor, ligado a la calidad de vida y, tal vez, a una de las más profundas raíces del egoísmo y complicidades de la escandalosa desigualdad social que existe en Chile y en Latinoamérica. Es el tema religioso. Chile, semejante a otros países latinoamericanos, es un país en el que casi el 90 por ciento de su población se declara cristiana, y más del 70 por ciento de ella se dice católica. Sin embargo, ya el padre Hurtado siendo testigo de la pobreza y de la desigualdad de nuestra patria se preguntaba si Chile era un país católico, y lo mismo nos podemos preguntar de toda Latinoamérica.

20 Punzante libro escrito a fines de 1941 por el padre Alberto Hurtado, en el cual describe crudamente la realidad social de Chile y que estremeció conciencias y despertó a toda una generación.

El Chile de hoy, comparado con el Chile que le tocó vivir al padre Hurtado, es económicamente mucho más rico. Son mayores las oportunidades de estudio, de salud, de educación y de vivienda; sin embargo, persiste una escandalosa desigualdad de ingresos e inmovilidad social. No se trata de que nos preocupe cuánto más tienen quienes tienen más, sino cuánto le falta a la mayoría para tener acceso a lo mínimo que les corresponde a los habitantes de un país del nivel de desarrollo de Chile u otros países en vías de desarrollo dentro del continente. La gran masa del país quiere ser católica y ordenar su vida según los valores que se desprenden del Evangelio, pero de alguna manera la Iglesia pareciera dialogar con dos grupos, pequeños en número, pero con mucha presencia en los medios de comunicación e influencia en los grupos de poder. Aun a riesgo de simplificar en ello, se puede hacer una descripción básica de estos dos grupos de influencia fáctica.

Quienes conforman uno de estos grupos se hacen

llamar «conservadores», pero su motivación profunda, más que defender valores tradicionales, es defender sus propios intereses. Se sienten dueños del país y de la verdad y actúan apoyados por una moral y unos principios sacados de la moral y principios católicos, pero descontextualizados. Así, sintiéndose poseedores de la verdad, creen que tienen derecho a todo. Se preocupan de la moral y hablan de ella, pero sólo referida al ámbito sexual. Temas económicos, sociales y de justicia pareciera que quedan fuera de la moral tradicional católica y sólo los rige el mercado. Se escudan en la Iglesia Católica usándola para sus mezquinos fines, encontrando eco en algunos sectores pequeños pero influyentes dentro de la misma Iglesia. Así aparece en ellos un catolicismo que no sólo no cuestiona la realidad injusta, sino que en cierto modo la sacraliza. Es grave que a menudo se identifique a la Iglesia con ellos.

Otro grupo son los que se hacen llamar «progresistas». Para éstos, todo es válido con tal de permanecer

devotos a un concepto de libertad que está por sobre los valores y principios. Parecen en contra de una sociedad de consumo y a las leyes del mercado, pero, en la práctica, son serviciales y útiles a dicha sociedad de consumo, regida sólo por las leyes del mercado. Parecen ajenos a la religión, pero se comportan similarmente a los grupos religiosos más conservadores, en el sentido de que guardan cierta rigidez dogmática que se expresa en su modo de pensar, de vestir, de hablar e incluso de lo que leen. Se juntan sólo entre ellos, viven en los mismos barrios y frecuentan los mismos lugares de recreación y veraneo. Aplican los principios y la moral con mucha claridad y severidad en temas de ecología o de derechos humanos, pero en los temas referentes a la familia o a lo sexual pareciera que valen más las estadísticas y el mercado. Como todos los seres humanos tienen necesidad de lo sagrado y confeccionan una espiritualidad construida con fragmentos que sacan de todos lados, buscando lo que se acomode a sus necesidades. Sacralizan todo lo

que les da identidad y en la naturaleza tienen sus santuarios.

Estos dos grupos, aunque opuestos, tienen mucho en común. Ambos actúan con cierto fanatismo e intransigencia y tienden a arrastrar al resto de la sociedad para que tome posturas extremistas y excluyentes. La gran mayoría de los chilenos trata de vivir su catolicismo tensionados por estos grupos, los cuales buscan más adherentes a sus posiciones, politizando todos los temas.

Hay que trabajar firme para tratar de que no se identifique a la Iglesia con ninguno de esos grupos y que ésta no se limite a dialogar con ellos, sino que pulse las necesidades de la enorme mayoría. De lo contrario, la Iglesia reducirá las discusiones éticas a las estrechas miras de estos grupos, reduciendo el debate religioso y dejando de lado grandes problemas morales que son centrales en nuestra sociedad, como la justicia y la desigualdad social.

Toda esta problemática de lo religioso se vuelve aún

más compleja en una sociedad que tiene un lenguaje mediático y superficial en el cual la Iglesia no se maneja bien. Una sociedad cada vez más individualista y secularizada, donde las instituciones, en general, se perciben como entes reguladores de la libertad. Este prejuicio se acentúa más todavía si es una institución de carácter religioso. Además, como en Chile y el mundo se ha llegado a cierto consenso —sobre todo en el plano económico—, los partidos políticos tratan de marcar sus diferencias y ganar adherentes resaltando lo que llaman «problemas morales», reduciendo dichos problemas sólo al ámbito de lo sexual. De esta manera, temas más bien políticos se moralizan y temas morales se politizan, tales como la pena de muerte, los preservativos, la píldora del día después, el divorcio, las uniones civiles homosexuales, etcétera.

Los sectores altos de la sociedad, por influencia de algunos grupos religiosos muy identificados con ellos, han hecho de ciertas costumbres y expresiones devotas

y piadosas de la religión católica una cuestión de prestigio social. Parece que ya no basta sólo con vivir en un barrio determinado, poseer un modelo de auto lujoso o veranear en un lugar exclusivo para tener estatus social; hay que agregar a esto el ser «devoto» en lo religioso. Así, ese tipo de catolicismo se usaría como un signo de pertenencia a una clase social determinada. Es un catolicismo vivido en forma estricta y tradicional en cuanto a expresiones externas muy loables, como la piedad y la devoción. Pero esa devoción y esa piedad parecieran sustituir en vez de potenciar la práctica del Evangelio y las directrices de la Iglesia Católica en el ámbito de la doctrina social.

### **Una Iglesia Católica efervescente**

Estos comportamientos responden a las situaciones sociales y políticas que vivió Latinoamérica en las



décadas pasadas, las cuales afectaron fuertemente a la Iglesia y a la sociedad en su conjunto. Durante la década de los 70 y de los 80, Latinoamérica se vio invadida por regímenes militares dictatoriales que reprimieron violentamente a los sectores populares. Estos regímenes religiosamente se decían católicos y políticamente se identificaban con la derecha. Dentro de la aún existente Guerra Fría, se identificaban y eran apoyados por Estados Unidos. Estos gobiernos, si bien tenían autonomía, orígenes históricos diferentes y respondían a la diversidad de sus países, poseían muchas coincidencias en ciertas políticas. El entrenamiento militar e ideológico sobre la «Seguridad Nacional», a cargo de Estados Unidos, ayudó a que se esparcieran por todas las dictaduras comportamientos comunes. No sólo tenían los mismos métodos represivos y de control de la prensa y de la sociedad, sino también los mismos métodos de tortura y de desaparición de personas. Con más o menos

fuerza, quien hizo alguna oposición a estos regímenes en toda Latinoamérica fue la Iglesia Católica.

En esa época también se vivían inconscientemente los estertores de una Guerra Fría que había atravesado la segunda parte del siglo, y que había producido una ideologización política, a veces extrema y simplista, donde el marxismo y el antimarxismo eran la línea divisoria. Esto, por cierto, se reflejó en algunas formas de la Teología de la Liberación, que fue fundamental para darles vida a las comunidades de base y hacer vivo el Evangelio. Era una teología que nacía de la experiencia de un Dios vital, es decir, a partir de la experiencia de Dios nacía la reflexión teológica. No era la teología que, originada a partir de conceptos abstractos, pretendiese iluminar la vida.

La Iglesia Católica latinoamericana de los 70 y los 80 era la Iglesia de las Conferencias Episcopales de Medellín y de Puebla, que, inspirada en el Concilio Vaticano II, había sabido interpretar los dolores y las

angustias, las alegrías y esperanzas de los pueblos latinoamericanos.

La Iglesia se había vuelto a acercarse al pueblo y a los pobres, algo que había sido tan añorado por el padre Hurtado en la década de los 40. Había comenzado a sistematizar una teología que era vida y que nacía desde y para Latinoamérica. Una teología que recogía las tradiciones e inquietudes más propias de nuestro continente, en las cuales se encontraba el Cristo que sufría en la inmensa mayoría de los pobres latinoamericanos. Una teología que tenía sus raíces en las comunidades de base y que brotaba en todas las parroquias de Latinoamérica. Una teología en la que se leía el Evangelio y se rezaba a la luz de los acontecimientos vividos por los fieles.

Los católicos, por medio de sus comunidades de base, de sus parroquias y movimientos, se sentían parte viva de la Iglesia. Las comunidades eran acompañadas y confirmadas por sus pastores y obispos. Más que nunca, la Iglesia Católica fue portadora de esperanza e inter-

peladora no sólo para los católicos, sino que para toda la sociedad. Se hacían esfuerzos heroicos para acercar todavía más la Iglesia a los pobres, a los indígenas y, en general, a las minorías históricamente postergadas. Fue una experiencia profunda de fe.

Por desgracia, en América Latina, debido a la influencia de sectores conservadores, se había ignorado en gran parte la Doctrina Social de la Iglesia que condenaba las injusticias y hacía un fuerte llamado al respeto por la persona humana y a un comportamiento más justo en el mundo de los trabajadores. Esto, más tarde, influiría en el sustrato ideológico para criticar las inequidades sociales.

En un mundo tensionado por extremos, unos se alejaban de las encíclicas porque criticaban el capitalismo, mientras que otros las menospreciaban porque cuestionaban al marxismo. En los países latinoamericanos donde había una mayor difusión de las encíclicas sociales y un episcopado más comprometido con ellas no entró

con tanta fuerza el análisis marxista en la Teología de la Liberación. Sin embargo, en otros países en que masivamente se ignoraban las encíclicas sociales de la Iglesia, algunos exponentes de la Teología de la Liberación usaban acriticamente métodos sociológicos marxistas de análisis de la realidad, y a partir de la doctrina de Marx enjuiciaban las injusticias sociales. Esto, más tarde, serviría como uno de los pretextos para echar injustamente en un mismo saco ideológico a toda la Teología de la Liberación y terminar abruptamente con ella. La Santa Sede, luego de publicar una instrucción dura contra la Teología de la Liberación, condenando el uso acrítico del marxismo, publicó una segunda instrucción donde procuraba asumir los reales valores de dicha teología. Desgraciadamente, eso vino tarde. La condena fue más fuerte y mucho más publicitada que el intento de salvataje; y ahí quedó de alguna manera truncada una teología latinoamericana que respondía a las necesidades del pueblo católico y que, tal vez, fue el

inicio del enfriamiento de un catolicismo más popular y participativo.

Frente a una Iglesia Católica efervescente, con peso moral, involucrada con los que sufrían, consciente de su rol en la historia y, por lo mismo, haciendo de oposición a los regímenes dictatoriales, se aplicaron en todos los países latinoamericanos desde afuera y desde dentro de la Iglesia estrategias comunes para contrarrestar y, en lo posible, anular su influencia.

Medidas a corto y a largo plazo, tomadas tanto interna como externamente a la Iglesia:

- Reconociendo los propios méritos que sustentan el crecimiento de las iglesias mormona y evangélica, también fue claro un apoyo mediático y decidido por parte de las dictaduras a estas iglesias, para así, de alguna manera, contrarrestar la entonces enorme influencia de la Iglesia Católica en los sectores populares.

- El Papa y su primado no se discute. Pero un ensalzamiento sistemático de su figura se aprovecha mediáticamente para debilitar la figura local de los obispos. Sutilmente se muestra a los obispos locales como inmiscuidos en política y al Papa, al que se rodea con una especie de culto, se lo presenta preocupado de los verdaderos temas de la Iglesia. Esto se ve reforzado por un Papa como Juan Pablo II, quien era tremendamente carismático y mediático. Los propios obispos latinoamericanos, casi inconscientemente, poco a poco tienen que usar un lenguaje con constantes alusiones al «Santo Padre», aun en las cosas más triviales.
- Las conferencias de obispos latinoamericanos pierden gradualmente gravitación. Los textos de Santo Domingo, redactados bajo una estricta supervisión de Roma, pasaron casi desapercibidos en la Iglesia latinoamericana. Algo similar ocurrió con los textos

de Aparecida, los que jamás alcanzaron el impacto que tuvieron Medellín y Puebla no sólo para la Iglesia, sino que también para la sociedad en general.

- Como decíamos más arriba, se introduce una duda sistemática sobre toda expresión de Teología de la Liberación y sus promotores, en particular por el análisis de la realidad y el uso hecho por algunos de las categorías marxistas. Por su parte, esa teología no fue capaz de renovarse y ofrecer un mensaje que respondiera mejor a una situación de post Guerra Fría y a un mundo globalizado y de consumo.
- Es universalmente reconocido que Juan Pablo II tuvo una política de designación de obispos más conservadores. Son sacerdotes buenos y piadosos, pero a menudo más preocupados de los detalles de la liturgia o de la fidelidad al derecho canónico que de lo que está pasando en sus países. Cuesta ver en



ellos mayor preocupación por entender la compleja realidad política y social de Latinoamérica, ni perciben el aspecto político que conlleva el ser obispo. Sus opiniones no tienen el peso moral en la sociedad que sí tuvieron algunos obispos de antaño.

- Poco a poco se fueron debilitando las comunidades de base, se las deja de promover y apoyar y, como consecuencia, se reimpone un cierto verticalismo en el gobierno de las diócesis y parroquias. Este período ha visto un auge de movimientos religiosos de corte más conservador, muchos de cuyos miembros se sentían incómodos en una Iglesia más comprometida con los cambios del continente.
- En los últimos años hubo un claro desplazamiento de la presencia de la Iglesia y los obispos hacia los medios de comunicación. Se habla mucho menos de derechos humanos y justicia social para concen-

trarse en temas del ámbito sexual y familiar, con el peligro de encajonar la moral y los valores a sólo ese ámbito.

- Los medios masivos de comunicación juegan un papel importantísimo y se empeñan en mostrar un rostro de la Iglesia Católica que a los dueños de estos medios les interesa y acomoda.
- El mundo moderno es muy receloso frente a todo tipo de censura. Una de las cosas que más se valoran es el ejercicio responsable de la libertad y el respeto a la discusión abierta, con diversidad de opiniones. Del mismo modo, se aprecia fuertemente la transparencia y celeridad en todo tipo de procesos. En este contexto, se ha introducido en amplios círculos de la Iglesia un triste sentimiento de miedo y desconfianza por el uso de la censura y el control. A menudo, los procesos no tienen ni la celeridad ni

la transparencia que serían requeridas. Asimismo, el modo evangélico de corrección fraterna no puede confundirse con la censura, ya que mientras aquél corrige el error, ésta inhibe el pensamiento y la palabra en temas que deben ser opinables.

### **Una Iglesia latinoamericana debilitada para el siglo XXI**

La aplicación de estas políticas caló profundamente la vida de la Iglesia latinoamericana durante los 90. Todo esto va a crear un clima poco propicio para que la Iglesia Católica en América Latina enfrente el desafiante siglo XXI con fuerza, creatividad y con algo que decir. De alguna manera, el nuevo siglo encuentra a una Iglesia latinoamericana debilitada, a la defensiva en algunos temas y acusadora en otros. Una Iglesia que vive a cuenta del peso moral y del prestigio social que adquirió en

los 70 y 80 en la defensa de los derechos humanos. Hoy parece más preocupada en marcar las diferencias entre católicos y no católicos que en destacar lo que nos une. Una Iglesia que se mira a sí misma, centrándose en ella, y que observa con cierta desconfianza a un mundo globalizado que se presenta sin fronteras y decididamente más pluralista. Una Iglesia que expresa su acercamiento a Dios más a partir de un tipo de teología que de una experiencia cristiana sólida.

Aquellos sectores conservadores en los cuales la Iglesia se apoyó para hacer su especie de depuración interna son los mismos que impulsaron sin restricciones la aplicación de una política económica unidimensional de mercado. Esto produjo el bienestar propio que trae el crecimiento económico, pero, a su vez, trajo consigo una ideología en donde los únicos principios y valores válidos parecieran ser los que fija el mercado. Entonces el rol de la Iglesia quedó reducido al plano de una ética privada, y en ese plano se ha acusado siste-

máticamente y en todo el mundo a algunos sacerdotes de abusar sexualmente de menores. Estas acusaciones son muy graves y tienen fuerte repercusión social, porque pareciera que no hay coherencia de parte del clero entre su doctrina y su práctica. Derivado de esto, se percibe cierta negligencia por parte de las autoridades eclesiales para investigar los hechos y castigar a los culpables; sin embargo, el Papa Benedicto XVI ha tenido un rol clave en transparentar a la Iglesia, acoger a las víctimas, investigar los casos, castigar a los culpables, cooperar con la justicia y tomar medidas preventivas. Pero, de alguna manera, se percibe muy solo al Papa en esta tarea.

En un momento en que se ha producido un profundo cambio en el ejercicio de la sexualidad humana, nosotros como Iglesia presentamos en muchos aspectos una doctrina lejana e incompatible con la realidad de la gente. No se percibe una actitud misionera, tan propia del modo de hablar de Jesús, que busque un lenguaje

que llegue a todos y que toque el corazón del ser humano. El Señor se acercaba a los débiles para salvarlos y no sólo para aclararles la doctrina. Como consecuencia, hoy la mayoría de las personas mantienen una adhesión afectiva a Jesús y al Evangelio y se declaran católicos, pero cada vez ven más ajena de sus vidas a la Iglesia y su doctrina. Deciden ser católicos a su manera no por soberbia, sino porque no se sienten acogidos por la Iglesia, a la que añoran como a una madre que acompaña a su hijo que aprende a caminar.

Es lo que presenciamos en el funeral del Papa Juan Pablo II. Millones de personas y mandatarios de todo el mundo le rindieron un emocionado reconocimiento. Pero, ¿cuántos de ellos en sus vidas realmente adhirieron a la doctrina que Juan Pablo II predicó, o la entendieron siquiera? Si esto se da en el público en general, en los jóvenes se siente aún más fuerte y se expresa en una actitud de indiferencia que, tal vez, es peor que el rechazo. Pero esto no significa que los jóvenes no sigan teniendo

la preocupación por lo trascendente y el interés por lo espiritual. Lo siguen teniendo, pero en estas inquietudes no se sienten interpelados por la Iglesia Católica, por lo que se alejan de ella.

Observando a estos mismos jóvenes que parecen indiferentes a la Iglesia, viendo cómo enfrentan las dificultades diarias, esperanzados en el futuro, con fuerza y entusiasmo por hacer un mundo mejor, menos injusto, no podemos menos que creer que el Espíritu Santo está actuando en ellos. Lo mismo sucede al observar a jóvenes de toda Latinoamérica trabajando en Un Techo para mi País, luchando codo a codo con los más pobres, haciendo suyos sus dolores y esperanzas y dándose a ellos. En estos jóvenes se descubre la Iglesia que soñó el Concilio Vaticano II, la Iglesia de Medellín y de Puebla: una Iglesia que encuentra a Jesús en la vida diaria y a partir de esa experiencia hace teología. Es Jesús que se reconoce vitalmente al partir y compartir su pan con otros. Esos jóvenes son tan católicos como aquellos cre-

yentes que, siendo también católicos, los hacen sentirse alejados y ajenos de la misma Iglesia.

La Iglesia necesita de todos los modos de ser católicos, no debe excluir a nadie ni nadie debe excluirse por sentirse distinto. Los jóvenes que trabajan en los campamentos viven una experiencia diferente de Iglesia y tal vez nadie les supo decir que también eso era ser Iglesia. Una Iglesia abierta a la pluralidad, donde sirven en los otros a Jesús que se sigue encarnando en la historia. Una Iglesia que es evangelizada por los pobres, pues ellos viven un acercamiento vital a Dios. Es la misma experiencia de la Virgen María, que hizo teología en el encuentro vital con Jesús; al gestarlo, parirlo, amamantarlo y enseñarle a caminar se comunicó vitalmente con Él.

Así también estamos invitados a construir una Iglesia que descubre y reflexiona a Jesús en la vida diaria y en ella da testimonio del Reino. Una Iglesia que es buena noticia para los pobres y marginados, que es buena noticia para el ciudadano común y corriente, que lucha



por vivir y ser feliz. Es la Iglesia que presenta el padre Hurtado: una Iglesia alegre, creativa y comprometida, que habla con hechos y por medio de ellos habla del Reino de Dios en un lenguaje universal entendido por todos.

### **El terremoto de la Iglesia Católica y sus consecuencias**

Imperceptible para un habitante común, la corteza terrestre en Chile se estaba desplazando al noreste entre tres y cuatro centímetros anuales. Un estudio reveló que el terremoto de 8,8 grados Richter del pasado 27 de febrero invirtió la orientación de ese movimiento. Así, el terremoto cambió el desplazamiento natural de la ciudad de Concepción, moviéndola tres metros en sentido contrario, y se calcula que para fines de año se correría un total de doce metros en la misma dirección.

Al leer esto, es imposible no hacer un paralelo con

lo que está sucediendo en la Iglesia Católica. El Concilio Vaticano II marcó un rumbo de apertura, diálogo y acercamiento de la Iglesia a diferentes culturas para llevar a todos la buena noticia del Evangelio. El Papa Juan XXIII anunciaba el Concilio diciendo que quería abrir las puertas y ventanas de la Iglesia para que entrara aire fresco, y desde adentro de la Iglesia pudieran observar lo que sucedía en el mundo, así como también desde afuera pudiesen mirar en su interior. Pero pasados los años, imperceptiblemente para el católico común, distintos sectores dentro de la Iglesia fueron deslizándola en dirección opuesta a lo señalado por el Concilio.

La idea de un gobierno eclesial menos verticalista y más colegiado rescatada del Evangelio y plasmada en el Concilio Vaticano II encabezado por el Papa Pablo VI fue prontamente puesta en tela de juicio cuando el mismo Pontífice, sin escuchar la oposición de la mayoría de los teólogos, aprobó la encíclica *Humane Vitae*. Esto ha ido distanciando la doctrina sobre la anticoncepción y

la práctica del pueblo católico. Asimismo, ha desplazado la preocupación de la Iglesia Católica por la doctrina social centrándola, casi de manera obsesiva, en la moral sexual.

Desde una visión de un sacerdocio común entre laicos y sacerdotes, donde estos últimos estaban ministerialmente al servicio de la comunidad, se ha ido deslizando a una Iglesia más clerical. Se tiende entonces a sacralizar y proteger al sacerdote, y desde su indumentaria se le distingue y separa del resto de la sociedad.

Se fue perdiendo el foco que nos puso el Concilio en una Iglesia acogedora y compasiva, en la cual nada de lo humano le era ajeno y, en su interior, el secretismo opacó el diálogo franco y el miedo silenció la crítica constructiva. La Iglesia se percibe inquisidora, moralista y excluyente, preocupada por acentuar que la sangre de Cristo es derramada para muchos, pero no para todos. Un claro ejemplo de esto ha sido la incapacidad de acoger pastoralmente a los católicos con sus matrimonios

quebrados, a los homosexuales o a quienes se sienten, de alguna forma, excluidos.

Así como el potente sismo invirtió la orientación del movimiento de la corteza terrestre, de semejante modo el violento terremoto provocado por los abusos sexuales de sacerdotes, y en no pocas ocasiones acompañado de un inaceptable amparo de las autoridades eclesiales, debería provocar también un cambio profundo en la Iglesia. Con el apoyo decidido del Papa no sólo se investigarán los casos y se les hará justicia a las víctimas, sino que también se espera que cambie la orientación en que se desplaza la Iglesia y vuelva a tomar el rumbo fijado por el Concilio Vaticano II.

### **Dios de la historia y de la vida**

Hay muchas maneras de negar a Dios e inconscientemente ponerse uno en su lugar. Una de estas formas

es prescindiendo del tema y no meterse en problemas. Otra es proclamar a Dios con los labios, pero negarlo en la práctica; o que en las decisiones y opciones fundamentales de la vida pongamos ídolos en vez de a Dios. Ídolos que nos den seguridad como el dinero, el poder, la imagen, la fama, etcétera. Otra forma de negar a Dios es reconocer su existencia, pero transformarlo en una especie de amuleto, el cual me concede los favores que le pido y que me interesan si le cumplo lo que le he prometido. Otro modo es transformarlo en una especie de bálsamo espiritual, que me reconforta el malestar de vivir para mí mismo, metiéndome en mí más aún. Pero si reconocemos la existencia de Dios y nos abrimos al Dios de Jesucristo, nos abriremos al Dios de la historia, de la vida, al Dios que se encuentra y se sirve en los otros y que encendió el corazón de Alberto Hurtado.

La fe no es una cuestión de sentimientos íntimos, no es una relación privada entre Dios y yo. Tampoco es

tenerlo todo claro y seguro. La fe es riesgo, es apostar la vida a algo, es jugársela creyéndole a Dios. La fe es atreverse a mirar el mundo con los ojos de Dios, es mirar la realidad con poesía, no como es sino como debería ser. Tener fe es dejarnos interpelar por la realidad y descubrir lo que el Señor nos dice en ella. La fe es mi vivencia de un Dios que dialoga con su pueblo, con su creación. Así como hemos descubierto que no estamos hechos para nosotros mismos, sino para los demás, que «no puedo sin la vida vivir, sin el hombre ser hombre», así también debemos percibir la fe no como algo privado, sino como la experiencia de un Dios que se manifiesta en la historia y que nos invita a actuar en ella.

Jesús, el Dios hecho hombre, viene al mundo no para condenar, sino para «convertir el agua en vino» (Jn. 2, 1-12), para salvar a los que sufren y no a dar un curso donde todas las cosas quedan claras y definidas. La creación fue concebida como una gran fiesta de matrimonio a la cual fue invitada toda la humanidad.

Pero al centrarnos en nosotros mismos, al cambiar a Dios por otros ídolos que se acomodan a nuestros intereses, «aguamos la fiesta». Produjimos la injusticia, el odio y la inequidad. Pero Jesús nace entre los pobres, se pone al lado de quienes quedaron fuera de la fiesta, de aquellos a los que no les alcanzó el vino de la esperanza. El papel de la Iglesia, representado por María en el milagro de las bodas de Caná, es estar atenta a dónde se agó la fiesta, a dónde hay dolor, a dónde hay injusticia, dónde hay marginación. Nos invita sólo a seguirlo a Él, al Señor, a no vendernos a nada; nuestro único norte es «Hagan todo lo que Él les diga». La sobreabundancia del vino es impresionante: seiscientos litros de vino para alegrar, para llenar de esperanzas el corazón humano. Nosotros somos los sirvientes que debemos ayudar a producir este milagro, debemos hacer patente el Reino de Dios entre nosotros. Debemos darnos por entero a cambiar lo que haya que cambiar; pero para que esta conversión sea verdadera y no sea

el cambiar una injusticia por otra, es necesario hacer todo lo que Él nos diga. Por esto es que la experiencia religiosa verdadera, profunda y liberadora es clave para un cambio social verdadero.

### **¿Cómo experimentar la vivencia de Dios y de la Iglesia hoy?**

Es necesario reconocer la importancia de desarrollar todas las áreas en un ser humano que quiere ser integral, incluida, por cierto, el área espiritual. Debemos darnos cuenta de que no es casualidad que el ser humano en la cultura actual prescinda del fenómeno espiritual o lo viva privadamente, disminuyéndolo y arrinconándolo. Esta actitud es promovida por la misma cultura, ya que produce seres funcionales a ella. Es antifuncional en una cultura centrada en lo productivo y que idolatra la técnica, tener en ella a seres humanos con una experiencia



espiritual madura, libre y profunda, y una vivencia de Dios compartida con otros en la experiencia de Iglesia. La cultura actual, para mantenerse viva, necesita personas individualistas y competitivas que no desestabilicen el sistema y que no se salgan del «caminito de hormigas» que se les ha trazado y que necesita la cadena productiva.

Para paliar el vacío interior que causa la ausencia del sentido de Dios, de lo absoluto, se ofrecen en el mercado espiritualidades anestésicas que buscan el equilibrio interior o un contacto personal con la «energía del universo»; como también toda clase de técnicas de autococonocimiento y de autocontrol. Vivimos en una cultura que ha escondido la muerte, el dolor y el sufrimiento, que nos ha potenciado y prolongado los sentidos por medio de la técnica y la ciencia y, sin darnos cuenta, nos hace sentirnos todopoderosos e inmortales. Inconscientemente nos vamos autotransformando en pequeños dioses del pequeño universo en que diariamente nos

movemos. Vivimos envueltos en esta cultura que nos adula y nos infla el ego haciéndonos prescindir de la pregunta del sentido de nuestra existencia.

Tanto que le costó a la humanidad asumir que la Tierra no era el eje del universo y tomar el humilde lugar que nos correspondía, para liberarnos de la tiranía de sentirnos el centro del universo. En esto, sin embargo, como humanidad hemos vuelto atrás, pues el poder que nos brinda el desarrollo de la ciencia y de la técnica nos ha vuelto a centrar en nosotros mismos, nos ha vuelto a endiosar. Para volver a la libertad de ubicarnos en el lugar que nos corresponde como criaturas, como humanidad, y volver a una experiencia religiosa liberadora y no individualista, es necesario acercarse a los pobres. Dejar que ellos nos evangelicen. Que quienes viven la pobreza nos liberen de nuestro acercamiento principalmente intelectual con Dios y nos evangelicen con una relación vital con Dios.

A veces nuestras disquisiciones y cuestionamientos

teóricos sobre Dios pueden ser propios de quienes vitalmente sentimos que podemos prescindir de Él. El hombre moderno vive en un mundo tan seguro y confortable, que Dios pareciera sobrar. Entonces nuestro acercamiento a Dios es más bien un ejercicio intelectual, abstracto, y no algo vital. Sin embargo, quien vive en la pobreza o quien sufre tiene un acercamiento a Dios que no es sólo teórico y abstracto, sino principalmente vital. Para quien vive la pobreza, poder comer, tener salud y vivir no es un derecho, pues todo se experimenta como un regalo de Dios. De un Dios que se manifiesta en lo concreto, en el tener que alimentarse, en la historia y en la solidaridad de los otros. La convivencia con la impotencia, el dolor y la muerte ayuda al ser humano a ubicarse en el lugar que nos corresponde en la creación. Nos hace más humanos, abiertos y sensibles a la experiencia de Dios.

No podemos trabajar con los pobres y vincularnos de verdad con ellos si no nos dejamos interpelar por

ellos. Esta interpelación debe pasar también por el plano espiritual; si no, nuestra vinculación con ellos será solamente práctica, no vital. Debemos dejarnos convertir por ellos, dejar que Dios nos hable a través de ellos y en ellos. No habrá cambio real en la sociedad ni en nosotros si no hay una conversión en este sentido. Conversión que para el no creyente será más humanidad, mayor consecuencia con sus principios y honestidad en la búsqueda. Para los creyentes no se trata de que hablemos de teología o de doctrina con los pobres, esto sería como cuando nos echamos factor para protegernos de los rayos ultravioleta: teorizar sobre Dios es protegernos del Señor. Por el contrario, debemos dejarnos quemar por el Señor que nos habla en los pobres sin que ningún «factor» nos proteja, en especial el «factor» más protector de todos, el de nuestros argumentos falsamente intelectuales. Debemos desnudarnos de nuestros argumentos para vestirnos de la experiencia de Cristo en el otro.

El padre Hurtado lo decía claramente: «el pobre es

Cristo». No se trata de endiosar a los pobres o creer que ellos no tengan defectos, sino de descubrir que en ellos se hace patente, se manifiesta la presencia del Reino de Dios. El Reino de Dios que se les regala a quienes la sociedad considera que no merecen nada. Ellos, los postergados, son los «Bienaventurados» (Mt. 5, 1-12) del Evangelio, para quienes fue escrito y, por lo tanto, desde ellos hay que interpretarlo.

### **Dejarnos evangelizar por los más pobres**

Si no nos dejamos evangelizar por los más pobres, si no dejamos que el Señor nos interpele a través de ellos, no habrá un cambio real en nosotros. Aunque no lo queramos, terminaremos reproduciendo las mismas injusticias que otros han realizado y que ahora nos escandalizan cuando las vemos hechas carne en los campamentos. Si no tenemos un cambio espiritual profundo,

algún día dejaremos nuestros ideales y nos sumaremos al sistema que más nos ofrezca privilegios; en otras palabras, nos venderemos a él.

Si no tomamos en serio nuestra postura religiosa ante las sociedades del mundo y solo actuamos, no le haremos mella para nada a la sociedad. Podremos denunciar cifras escandalosas de inequidad, podremos enrostrar la realidad más cruda e injusta de la que somos testigos, podremos acusar y denunciar de la manera más descarnada lo que se nos ocurra, pero no le podremos hacer ni un rasguño al sistema. Pero si desenmascaramos las hipocresías y los falsos ídolos, enrostrándolos con el Dios que nos presenta Jesucristo, entonces sí que nos volveremos peligrosos. A Jesús no lo mataron por matarlo, lo mataron porque se hizo amenazante desenmascarando la hipocresía social, desenmascarando los ídolos que eran adorados y que, muchas veces, estaban ocultos incluso en la misma religión.

No hay nada más liberador y, al mismo tiempo, sub-

versivo y peligroso que seguir a Jesús. No hay nada más arriesgado que anunciar el Reino de Dios con hechos concretos. Para que este anuncio sea de verdad y no sólo un maquillaje, es necesario una conversión personal, un cambio radical de nuestras motivaciones, de nuestros valores, de nuestra idea de Dios. Tenemos que abrirnos al Señor, que no sean otros quienes nos hablen de Él. Dejemos que Él mismo nos hable en los pobres, en sus problemas y en sus esperanzas. Que Él nos hable en la historia, en los conflictos y en los desafíos de la sociedad. Que Él nos hable en el Evangelio, en la oración y en las encíclicas sociales. Si no hablamos de nuestra experiencia religiosa, si no estamos dispuestos a dejarnos interpelar por ella, habría que preguntarse ¿de qué nos estaremos defendiendo?, ¿qué es lo que nos da miedo? Tal vez queremos sólo meter ruido con características de denuncia, pero en el fondo no estamos dispuestos a firmar un cheque en blanco, no estamos dispuestos a llegar hasta lo último. ¡Seamos honestos!

## ¿Qué significa seguir a Jesús?

El mismo Jesús nos advierte «¿Por qué me llaman: ‘¡Señor!, ¡Señor!’, y no hacen lo que les digo?» (Lc.6, 46). Seguir a Jesús no significa sólo reconocerlo como el Hijo de Dios, sino que implica conocerlo de tal manera que podamos hacer nuestro su modo de ser, su estilo de vida, sus preocupaciones y sus opciones fundamentales. Adhiriendo a ellas se adhiere a Jesús. El mismo Jesús nos hace sus cómplices y compañeros en su proyecto: «Ya no los llamo servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre» (Jn.15, 15).

De la vida de Jesús se podrían destacar tres opciones fundamentales, que podríamos llamar «los tres grados de la encarnación», y que deberían ensanchar nuestro proyecto de vida si las hacemos nuestras.

El primer grado de la encarnación es percibir que Jesús, el Hijo de Dios, se hace profundamente humano.



El único signo que se les da a los pastores para reconocer al Hijo de Dios es el de «un niño envuelto en pañales» (Lc. 2, 8-12). No hay nada raro, ni rayos, ni apariciones, ni estigmas; sólo una guagua<sup>21</sup> envuelta en pañales. No hay nada más humano y normal que un niño recién nacido envuelto en pañales. Es un Dios que nos invita a hallarlo y reconocerlo en lo humano, en lo cotidiano. Siempre los seres humanos hemos tendido a buscar a Dios en lo «raro», en lo «extraordinario». Pensábamos que para acercarse a Dios había que ser extraordinario, y nunca nos imaginamos que era Dios mismo quien quería hacerse como uno de nosotros. Lo extraordinario estaba en lo ordinario. Mientras más humanos nos hacemos, más nos acercamos a Dios, y mientras más nos acercamos a Dios, más humanos nos hacemos. Jesús fue profundamente humano porque era Dios.

21 Término usado en Chile para referirse a un recién nacido o un niño de pecho.

Qué importante se hace esto en una cultura que nos enseña a avergonzarnos de todo lo humano, de nuestras debilidades y equivocaciones; que nos impide sonrojarnos y emocionarnos. Debemos cuidar y defender lo humano en nosotros y en la sociedad porque en la humanidad se esconde la Divinidad. Este es el primer grado de la encarnación del proyecto de Jesús que estamos invitados a hacer nuestro: ser profundamente humanos.

El segundo grado de encarnación es que Dios nace entre los pobres. Acepta la pobreza y comparte su vida con los pobres. Aunque la pobreza guarda en ella muchos valores, es fruto de nuestra inconsecuencia. Dios en Jesús es un Dios sin apellidos, sin privilegios, sin «pitutos». Jesús nace de allegado; «no había lugar para ellos en la posada...» (Lc. 2, 1-7). Hoy, lo más probable, es que habría nacido en una mediagua en algún campamento. Jesús se hace solidario con aquellos que no «merecen» nada, con los pobres, los débiles, los marginados.

Ser «rico» en el Evangelio es algo que va más allá

de una cuestión socioeconómica, es sentir que todo se merece; por lo tanto, nada se agradece ni se goza. En cambio, ser «pobre» es tener a Dios como única riqueza, es ser agradecido y no sentirse merecedor, sino que un inmerecido premiado. Si Jesús opta por los más pobres, nos está diciendo que Dios no es alguien a quien se merece, sino que se nos regala, es un don.

Si queremos mostrar quién es el Señor, tenemos que estar con los pobres, los débiles, los marginados. Estando con los que no merecen damos a conocer la gratuidad de Dios que está con nosotros, sin que lo merezcamos. Ellos son los bienaventurados, para ellos el Reino de Dios será una buena noticia y lo aceptarán como un regalo. Para los que tenemos bienes materiales o las oportunidades que brindan los estudios, esto nos ayudará a recordar que no los merecemos, que sólo somos administradores de ellos.

Como dijeron los obispos en Puebla: «Sobre todos los bienes hay una hipoteca social». Este rol de admi-

nistrador nos hará activos en el servicio a los demás, en crear oportunidades para todos como gratuitamente se nos dio a nosotros la oportunidad de ser «administradores». Y administrar bien significa que la pobreza no es para contemplarla ni idealizarla; es una tarea para igualar las oportunidades siendo buenos administradores de lo que no es nuestro. Estamos invitados a hacer nuestro este segundo grado de la encarnación o segundo aspecto del proyecto de Jesús. Estar siempre junto a los que sufren cualquier tipo de marginación, anunciando así la gratuidad del Reino, es nuestra misión. Los que viven la pobreza deben sentirnos siempre de su lado.

El tercer grado de encarnación de Jesús es el que asume la institución. Lo más propiamente humano es la institución. Donde hay dos o más seres humanos hay una relación, una institucionalidad básica. La institución está al servicio de la persona, pero la trasciende y vincula con otros. Jesús respeta la institución porque respeta al ser humano, no quiere salvar al ser humano sin la

participación del mismo ser humano. Tal vez, este grado de la encarnación es el más difícil de seguir. Nos cuesta aceptar la institución, toda clase de institución. Aceptarla es reconocer también la mediocridad que hay en nosotros y en la humanidad, sin escandalizarnos, ya que al hacerlo estaremos, al mismo tiempo, escandalizándonos de lo humano y, por lo tanto, de nosotros mismos. Aceptar la institución, y en ella a la Iglesia como institucionalización del amor de Dios, es ir al paso del más débil. Ceder a muchas cosas para que nadie quede afuera. Hay que aceptar que en nosotros hay trigo y cizaña (Mt. 13, 24-30), y esto se proyecta en la institución y en todo lo humano. No hay que perder tiempo arrancando la cizaña; además en ella puede ir algo de trigo. Hay que ser humilde para convivir con ella. Es el trigo, es decir, los frutos de nuestra entrega, lo que ahogará la cizaña. El Reino de Dios no es para solitarios perfectos, es para toda la humanidad cuya levadura visible es la Iglesia.

A los discípulos no les fue fácil, como tampoco lo

será para nosotros. Pero en esto nos jugamos algo clave para la humanidad. El catolicismo no es sólo una cuestión espiritual intimista, es una experiencia espiritual que se comparte con otros y se hace carne. Se encarna en una institución jerárquica, en ritos, en liturgia y en doctrina. Para el católico no basta con decir que uno cree en Dios, ni basta estar bien espiritualmente. Esto debe mostrarse en obras. No bastan tampoco mis obras; somos pueblo y debo vincularme con otros; hacer Iglesia.

Hacer nuestros estos aspectos del proyecto de Jesús significa ser compañeros de Jesús en su misión y no simplemente conformarnos con «ganarse el cielo» ni con cumplir con lo exigido; significa ir siempre más allá, «darse hasta que duela». Que el único límite sea «en todo amar y servir». Conocerlo a Él tan íntimamente de modo que tengamos la libertad de actuar según tiempo, lugares y personas como Él lo habría hecho. Cultivar una amistad con Él tan profunda, que

nos lleve a no temer las consecuencias de seguirlo y poder responder con mi vida la pregunta ¿qué haría Cristo en mi lugar?

CAPÍTULO V  
**Últimas palabras**









Este texto empieza contando que «todo comenzó en Curanilahue» cuando un grupo de universitarios fue a misionar. Nunca nos imaginamos que de ahí, casi por casualidad, comenzaría un largo camino que nos involucró para siempre con gente maravillosa que sobrevive a diario en la pobreza. Gente luchadora, llena de esperanza y de humanidad.

Así como escarbando en la basura que la sociedad desecha, los pobres sacan la riqueza que la basura guarda y encuentran cartones, papeles y otros utensilios para sobrevivir; así también de la pobreza material y a veces miseria que les toca vivir sacan la riqueza de valores que la pobreza guarda. De ella se enriquecen ellos y nos han enriquecido también a nosotros. ¡Ellos, los más pobres del país, nos han enriquecido! Les dieron otro sentido a

nuestras vidas. Nos abrieron los ojos. Nos han evangelizado.

Llenos de nosotros mismos, fuimos a Curanilahue a misionar, seguros de un Dios que dominábamos. Pero terminamos siendo nosotros los misionados por la pobreza. En ella nos habló el Dios de Jesucristo y, para nuestro bien, nunca más fuimos los mismos. Podemos decir con alegría y en un buen sentido que «fuimos por lana y salimos trasquilados».

**«Todos irremplazables, nadie indispensable»**

Javiera es una chiquilla, ingeniera agrónoma, que se fue a fundar un Techo a Nicaragua. Hace poco me tocó estar con ella y verla interactuando con las mujeres de uno de los suburbios más pobres de Managua. Llena de alegría y entrega que, junto al equipo de voluntarios nicaragüenses del Techo, están tratando de cambiarle el

rostro a un país en que oficialmente el 62 por ciento de su población sobrevive en la pobreza.

Agustín estudió ingeniería comercial y está por volver. Después de dejar andando el Techo en Guatemala traspasó el mando a otro joven profesional guatemalteco. También fui testigo de cómo los jóvenes voluntarios del Techo en Guatemala, transpirados y embarrados, trabajaban duro en una construcción junto a Agustín. Todos ellos están convencidos de que con su trabajo y sus opciones de vida lentamente bajarán el 56 por ciento de pobreza oficial que presenta hoy este país.

Soledad es una joven que, como muchas, con sus zapatillas, *jeans* y pelo largo, se compromete diariamente en la oficina central del Techo en Santiago. Ella deja este mes de trabajar, renuncia a su futuro profesional como historiadora y su potencial familia, para irse al norte, a Tierra Amarilla, donde comenzará su postulanteo que la preparará para servir su vida entera al Señor como religiosa.

Éstos son sólo tres ejemplos de muchos jóvenes chilenos y latinoamericanos que han optado por dejar la comodidad y el escalafón de una vida profesional que les ofrecía la sociedad para construir un mundo más justo y, así, otros puedan tener también las posibilidades que ellos gozaron. Son el ejemplo de miles y diversos jóvenes que inadvertidamente, a lo largo de la historia del Techo, se han entregado con entusiasmo y creatividad a una causa que los apasiona: hacer realidad los sueños del padre Hurtado.

Por eso me da pudor que sea «noticia» que yo parta a África. Me sonroja, pues no sólo es semejante a lo que muchos jóvenes también han estado realizando anónimamente durante estos años de vida del Techo, y lo seguirán haciendo, sino que también ha sido la respuesta a un constante llamado que como capellán hice y que ellos han respondido generosa y silenciosamente.

Basándome en el Evangelio, en el fuego que encendió el padre Hurtado y que aún arde, y en el deseo de

mayor justicia, propio de la juventud, he pedido a tantos jóvenes que den su vida por la causa de los pobres que siento que ahora me toca a mí responder de forma radical a ese llamado.

Mi partida es también la señal de que el Techo ya está maduro para dar muestras de que no es una persona a quien los jóvenes siguen, ni tampoco quien los mueve, sino que el motor del Techo lo constituye el «samaritano compromiso» con la gente que ha quedado tirada en el camino. Ésa es la fuerza que hará que los jóvenes de toda Latinoamérica concluyan el compromiso tomado al iniciar el Techo, en Curanilahue, en 1997.

Muchos me preguntan: «¿Por qué con los pobres de Burundi, si aquí y en Latinoamérica hay aún mucho por hacer?, ¿para qué, si ya tengo una posición social, entrada en los medios de comunicación y llegada a muchos jóvenes, pobladores y otros tantos que, por múltiples razones, se sienten excluidos?». La verdad es que



sintiéndome cómodo, querido y con mucho que hacer todavía, no tengo una respuesta, como tampoco la tuve hace ya más de treinta años al dejar a la niña que amaba y su corazón por seguir una intuición apasionante que ni sabía cómo explicar. Sin embargo, hoy puedo decir que he sido un sacerdote profundamente feliz, y sé que en otra cultura, con otro idioma que nunca dominaré, conviviendo con tal vez los más pobres del planeta, no me quedará más que aferrarme al Señor. Que si se escarba en mí, encontrarán que en realidad Él es mi única riqueza.

No sólo debemos preguntarnos ¿cómo podemos hacer mejor lo que estamos haciendo?, sino que también debemos preguntarnos ¿qué no estamos haciendo y deberíamos hacer?

Hay muchas historias valiosas como la de Javiera, Agustín y Soledad que contar. Y estoy seguro de que los jóvenes, con su fuerza y creatividad, seguirán construyendo con sus vidas historias significativas que cambien

CAPÍTULO V

el mundo y hagan realidad los sueños del padre Alberto Hurrado en toda Latinoamérica.

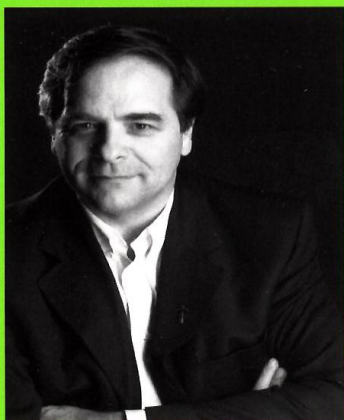
**P. Felipe Berríos, S.J.**

**Bujumbura, Burundi, 1 de julio de 2010.**

---

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2010, en los talleres de CyC Impresores, ubicados en San Francisco 1434, Santiago de Chile.

---



El sacerdote jesuita Felipe Berríos del Solar (chileno, 1956) que actualmente reside en Burundi, África, trabajó por más de treinta años junto a los más necesitados de nuestro país. Fiel seguidor de san Alberto Hurtado y formado en la Compañía

de Jesús, fue el gran constructor de mediaguas de Chile, el hombre que intentó —literalmente— ponerle un techo a la pobreza. Fue capellán de varios colegios de Santiago, así como organizador de muchas temporadas de trabajos universitarios; también fue impulsor clave de Infocap, la Universidad del Trabajador, donde aquellos que no tuvieron la posibilidad de estudiar, aprenden o perfeccionan un oficio.

Por casi diez años fue columnista de la revista *Sábado* de *El Mercurio*, donde semanalmente transformó los hechos noticiosos nacionales en metáforas de nuestras muchas contradicciones sociales y personales. Autor de *100 reflexiones para amar y servir* (1999), *Lo mínimo indispensable. Reflexiones* (El Mercurio-Aguilar 2002), *Puntadas con hilo* (El Mercurio-Aguilar 2004), *En todo amar y servir* (El Mercurio-Aguilar 2008) y *Digerir lo vivido* (El Mercurio-Aguilar 2010) en esta reedición actualizada de *Todo comenzó en Curanilahue* (El Mercurio-Aguilar 2006), nos encontramos con su más grande obra, vista de una manera humana y, a la vez, crítica de las estructuras sociales y de los prejuicios tanto en Chile como en Latinoamérica.

Basado en su libro *Todo comenzó en Curanilahue...* el padre Felipe Berríos nos entrega esta edición actualizada, con material inédito, donde nos revela cómo el sueño, que nació en 1997 con *Un Techo para Chile*, traspasó fronteras.

Presente actualmente en diecisiete naciones de Latinoamérica, *Un Techo para mi País* surgió gracias al incansable esfuerzo de los miles de jóvenes comprometidos con quienes viven en la pobreza y quieren «construir» un futuro mejor.

Con una mirada crítica y a su vez esperanzadora, *Un techo para Latinoamérica* nos invita a derribar nuestros prejuicios, dejarnos evangelizar por los más pobres y revisar ciertos conceptos y actitudes, para así generar un cambio trascendental en nuestra sociedad. Berríos nos convoca a dejar atrás la indolencia y hacer una «conversión espiritual» que nos permita incluir los sueños de todos.

Tal como lo afirma el padre Fernando Montes en el prólogo, «El aporte fundamental de este libro radica en que une experiencia, reflexión, sueños y pasión», componentes indispensables para forjar un continente más justo y sin fronteras que lo separen.



**EL MERCURIO**  
**AGUILAR**